The background is a vibrant, abstract painting in shades of orange, red, and yellow. It features a central figure of a woman with long hair, wearing a light-colored top and pants, with her arms outstretched. The painting is filled with intricate, swirling lines and patterns, creating a sense of movement and energy. The overall style is expressive and modern.

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía

PREMIOS Y MENCIONES
DE LA DÉCIMO TERCERA EDICIÓN 2017

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
CALI





**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

Dirección de Bienestar Institucional
Área Artística y Cultural

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía

Décimo tercera edición

2017



Concurso bonaventuriano de cuento y poesía (13. : 2017 : Cali)

Concurso bonaventuriano de cuento y poesía: premios y menciones de la décimo tercera edición 2017 / Concurso bonaventuriano de cuento y poesía (13. : 2008 : Cali), coordinadores Cornelio Millán Matta, Pedro Mario López Delgado.-Cali : Editorial Bonaventuriana, 2017 168 p.
ISBN: 2248 - 6690

1. Cuentos colombianos 2. Cuentos vallecaucanos 3. Poesía vallecaucana 4. Literatura colombiana 5. Concurso literario 6. Certámenes literarios 7. Literatura juvenil – Aspectos socioculturales 8. Amor en la literatura 9. Paisaje en la literatura I. Millán Matta, Cornelio, coordinador II. López Delgado, Pedro Mario, coordinador III. Tit.

C8635
(D 23)
C744

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía
Año 13, No.13 - Octubre de 2017 - Publicación anual

© Universidad de San Buenaventura Cali
Editorial Bonaventuriana

ISSN: 2248 - 6690

Rector

Fray Ernesto Londoño Orozco, OFM.

Coordinación

Cornelio Millán Matta

DIRECTOR DE BIENESTAR INSTITUCIONAL

Pedro Mario López Delgado

ÁREA ARTÍSTICA Y CULTURAL. DIRECCIÓN DE BIENESTAR INSTITUCIONAL

Ilustraciones

Alfonso Renza Campo

Director Editorial Bonaventuriana

Claudio Valencia Estrada

Diseño y diagramación

Carlos Cárdenas

USB Cali, La Umbría, carretera a Pance. PBX: (572) 488 22 22 - A.A. 25162.
www.usbcali.edu.co - email: editor@usbcali.edu.co. Cali, Colombia, Sur América.

Este libro no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad de San Buenaventura Cali.
Octubre de 2017



Índice

Agradecimientos	7
Prólogo	9
Acta del jurado	15
El jurado	19

Poesía

Primer premio: <i>Sumario de los ciegos</i> . Francisco Trejo Hernández.	25
Segundo premio: <i>Tratado elemental sobre la composición de las cosas</i> . Daniel Matul Romero.	34
Tercer premio: <i>Habitación con vistas</i> . José Antonio Fernández Sánchez.	39

Menciones poesía

– <i>La memoria de la cosecha</i> . Alfonso Renza Campo.	50
– <i>Náyade al litoral</i> . Níver Osmany Vargas Palacio.	57
– <i>La conquista de la luna</i> . Maximiliano Nicolás Sacristán.	62
– <i>Monólogo en una tarde de lluvia</i> . Berta Lucía Estrada Estrada.	73

– <i>El primer reloj</i> . Fabio Alfonso Romero Morera.	84
– <i>Vastedades</i> . Antonio Rogelio Borrego Aguilera.	90
– <i>Sendas</i> y otros poemas. Alfonso León Daza Vargas.	97

Cuento

Primer premio: <i>Silvia</i> y <i>Las tijeras</i> . Omer Quiaragua.	105
Segundo premio: <i>Un sol en el placar</i> . Santiago Clément.	112
Tercer premio: <i>Mi madre amada</i> y <i>El mariscador</i> . Juan Pablo Scroggie S.	115

Menciones cuento

– <i>Wang</i> (o <i>Zbú</i> o <i>Lang</i>). Alejandro Martínez Murcia.	120
– <i>Icaria</i> y otros cuentos. Edwin A. Garzón Lasso.	126
– <i>La cola</i> y <i>Las playas del tiempo</i> . Ernesto Tancovich.	130
– <i>Del otro lado de las vallas</i> . María Cid.	135
– <i>El gato</i> . Gabriel José Moncada Belisario.	141
– <i>Los microdélitos</i> . Luciano Sívori.	152
– <i>Encantadora de cerdos</i> y <i>Estampa familiar</i> . Norges Carlos Céspedes Díaz.	146
– <i>Fábulas, antibéros</i> y otros cuentos cortos (o muy cortos). Fernando Luis Rojas López.	151
– <i>El centro de las realidades</i> . Iván Andrés Tovar González.	155
– <i>El sueño</i> y otros cuentos. Melanie Romero García.	157
– <i>Una obra interminable</i> . Ányela Maggali Caicedo Olaya.	163



Agradecimientos

Al maestro Francisco Garzón Céspedes y a todos los directivos de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (Ciinoe) que generosa y desinteresadamente apoyan este esfuerzo.

Al maestro Alfonso Renza Campo, que donó sus obras plásticas para poblar de imágenes sugerentes las páginas de este libro.

A Virginia Rodríguez, prestigiosa maestra y escritora española que puso a nuestra disposición su talento y experiencias y dedicó valiosas horas de su tiempo a la exigente labor del jurado

A Antonio Joaquín García Ángel y Andrés Eduardo Chicué, escritores, docentes y gestores culturales, por su excelente contribución al desarrollo exitoso del certamen como miembros del jurado.

Al Centro de Educación Virtual de la Universidad de San Buenaventura Cali, por su invaluable apoyo en el desarrollo de los diferentes momentos del concurso.

A la Editorial Bonaventuriana, por su dedicada, minuciosa y creativa labor, gracias a la cual este proyecto literario es publicable.





Prólogo

Contar es polinizar la razón hasta conseguir que baile fuera de los márgenes

Escuchaba recientemente en uno de esos buenos programas de televisión, que en contadas ocasiones se cruza en tu camino el testimonio de una mujer que con más de setenta años y tras mucho empeño, ha conseguido aprender a leer y a escribir. Mientras contaba su historia, la mujer recordaba cómo siendo sus hijos pequeños, estos le decían que a sus amiguitos del colegio sus madres solían leerles cuentos antes de dormir y que a ellos también les gustaría. Y lo recordaba emocionada. Emocionada por esa vivencia amarga que ya no podía cambiar y emocionada también por el orgullo de haber superado un reto que entonces no podía siquiera imaginar.

Leer, escribir, contar, comunicar, narrar, inventar, reinventar, compartir... Hermosas acciones que giran y se desencadenan en torno a las historias creadas por medio de palabras. Recuerdo mi primer concurso de cuentos. Tenía once años y todo surgió en el colegio. Mi cuento se titulaba *Sam* y el protagonista era un niño

que tenía un perro invisible. El cuento ocupaba cinco hojas y fue de las primeras cosas que plasmé en el papel con la máquina de escribir de mi padre. Tuve que contar con su ayuda, pues no tenía destreza alguna para localizar las teclas y el resultado me hizo sentir importante. El cuento no fue premiado, pero sé que de alguna manera aquel concurso representó para mí un riesgo tan aparentemente insignificante como personalmente intenso.

Siendo todavía más pequeña ya había descubierto la atracción que sentía por la escritura gracias a unos ejercicios del libro de *Lengua española*. Estos consistían en elaborar una historia corta a partir de ciertas palabras, circunstancias o imágenes recogidas en el libro para, inspirándote en ellas, dejar volar la imaginación y crear. Muchos años después de haber acabado el colegio, el instituto y la universidad, retomaría una forma parecida de crear gracias a los inspiradores *¿Escribimos?* ideados por el maestro Francisco Garzón Céspedes, de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica, en los muchos encuentros en los cafés de Madrid en los que compartíamos compañía, palabras y mundos.

Cuando me llegó la propuesta de formar parte del jurado del Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía, así como de escribir el prólogo del futuro libro recopilatorio, el orgullo y la emoción fueron inmediatos. No hace tanto que me reconozco firmemente como escritora y narradora, al punto de que he incorporado a mi identidad de manera sólida lo que en otro tiempo viera como un pasatiempo o una etapa, de modo que plantearme seleccionar cuentos y poesías escritas por otras personas se me antojaba una empresa bastante compleja. ¿Quién soy para elegir una poesía y no otra? ¿Para considerar un cuento mejor que otro? ¿Bajo qué criterio puedo creer que alguien merece ser premiado y otro alguien una

mención o, en caso contrario, quedar por fuera? Todas ellas preguntas inevitables que nacen, precisamente, del valor que le concedo al hecho de escribir y del respeto con el que me acerco a quien decide compartir su creación literaria con otros. Porque sí. Quienes escribimos tenemos una necesidad y un deseo inconmensurables de construir mundos que están ahí, esperando a que les demos forma y los materialicemos. Esa es la realidad. O, en este caso, la ficción. Nunca se sabe.

Curiosamente y aunque durante mucho tiempo no haya sido consciente de ello, mi “yo” escritora me viene acompañando desde hace más años que otras piezas de quien soy, como mi trabajo, mi estado civil o mi carné de conducir. Soy escritora, amo escribir, amo leer lo que otros escriben y, por tanto, implicarme en iniciativas, proyectos o actividades donde la escritura, su fomento, su defensa y su deleite sean protagonistas. Durante el trabajo de campo para mi tesis doctoral, Javier Rebollo, uno de los directores de cine español al que entrevisté, al intentar describir, definir o explicar lo que para él era el cine, se refirió a



ello como algo que superaba la idea del oficio o la profesión: “es una forma de vida, de relacionarme, de mirar el mundo y comprenderlo, de explicarme a mí mismo”. Y acto seguido empezó a plantear un hipotético escenario en el que no se hubiera dedicado a crear películas. En ese caso –reflexionaba– me explicaría de otro modo, a través de la lectura, de llevar un diario o de hacer torres de palillos. Y entonces se deleitaba en desgranar cómo, de una forma u otra, en nuestras vidas diarias los seres humanos nos explicamos a nosotros mismos de manera constante: tú lo haces a través de tu tesis, de tus clases; mi madre cuando va al mercado y habla con otras señoras, con el pescadero; los jóvenes con el *WhatsApp*... No podría estar más de acuerdo.

Y así, creando y creyendo en lo creado, los cuentos (en mi caso) se han convertido en un ingrediente imprescindible para entender cómo hoy me proyecto. Creer y crear, dos palabras separadas tan solo por una vocal y que, por el contrario, tanto se acercan cuando alguien, un día, se levanta y decide coser frases con las que dar vida. Porque entonces no piensas que esas frases puedan llegar a ojos y oídos ajenos; puedan gustar, alegrar, hacer llorar o incluso dejar indiferente a otros, más cercanos o más lejanos. Porque no te planteas poder escuchar a una madre contándole tu cuento a su hijo mientras te llega el eco de su voz desde la habitación de al lado y los espías con ternura. Porque no se te pasa por la cabeza que esas historias que creías únicamente reales en forma de palabras, acaben por inspirar a otros que piensan con dibujos, música o danza, y se transformen, y crezcan y den lugar a nuevas y maravillosas creaciones artísticas, a otras formas de contar y de compartir. Porque esa idea que un día te pasó por el corazón y decidió aparcarse en él, se la cuenta una niña a su compañera de clase en este instante y

sin que tú lo sepas; y la reinventa, como debe ser. Todo eso puede pasar. Todo eso y más.

Escribamos desde la ternura y el compromiso de formar parte de este mundo. Escribamos sin miedo a no gustar, sin temor al fracaso, disfrutando y con honestidad. De entre las muchas lecciones de vida que la participación en los *¿Escribimos?* del maestro Garzón Céspedes me ha dado, quisiera destacar esta: la de convertir la escritura en un impagable modo de lograr imponerte a las adversidades; en un camino con mil brazos que conduce a la resiliencia; en un preciado motivo para seguir.

(...) como un día me dijo el poeta Halley: si las palabras se atraen, que se unan entre ellas.

Y a brillar, que son dos sílabas.

(Canción *El poeta Halley*, del grupo *Love of Lesbian*).



Virginia Rodríguez Herrero

Los Arenales del Sol, agosto de 2017

(Elche, Alicante, España)





Acta del jurado

Tras varias sesiones de intenso trabajo, el 20 de agosto de 2017 se reúne el jurado del XIII Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía, convocado por la Universidad de San Buenaventura Cali, con la colaboración significativa y el apoyo permanente de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (Ciinoe) para efectuar las deliberaciones finales y llegar a conclusiones que permitan decidir sobre los premios y menciones que se van a otorgar.

El jurado concuerda en la alta calidad de los trabajos presentados al concurso por los 1021 escritores residentes en 32 países que mencionamos a continuación: Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Costa Rica, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras, México, Cuba, Puerto Rico, Estados Unidos, Canadá, Portugal, España, Francia, Italia, Suecia, Austria, Holanda, Alemania, Eslovaquia, Israel, Libia, Japón y Nueva Zelanda.

A todos ellos nuestras felicitaciones y agradecimientos por haber acogido la convocatoria y formar parte de este proyecto cultural que promueve la creación literaria.

El jurado, integrado por Virginia Rodríguez Herrero (España); Antonio Joaquín García Ángel (Colombia) y Andrés Eduardo Chicué Alvear (Colombia), luego de analizar las obras presentadas por los 1021 participantes y socializar sus criterios con respecto a las obras seleccionadas como finalistas, decidió otorgar los siguientes premios y menciones:

Poesía

Premios poesía

- Primer premio: *Sumario de los ciegos*. Francisco Trejo Hernández (México).
- Segundo premio: *Tratado elemental sobre la composición de las cosas*. Daniel Matul Romero (Guatemala).
- Tercer premio: *Habitación con vistas*. José Antonio Fernández Sánchez (España).

Menciones poesía

- *La memoria de la cosecha*. Alfonso Renza Campo (Colombia).
- *Náyade al litoral*. Níver Osmany Vargas Palacio (Colombia).
- *La conquista de la luna*. Maximiliano Nicolás Sacristán (Argentina).
- *Monólogo en una tarde de lluvia*. Berta Lucía Estrada Estrada (Francia).
- *El primer reloj*. Fabio Alfonso Romero Morera (Colombia).
- *Vastedades*. Antonio Rogelio Borrego Aguilera (Cuba).

- *Sendas* y otros poemas. Alfonso León Daza Vargas (Colombia).
Universidad de San Buenaventura, Bogotá

Cuento

Premios cuento

- Primer premio: *Silvia* y *Las tijeras*. Omer Quiaragua (Venezuela).
- Segundo premio: *Un sol en el placar*. Santiago Clément (Argentina).
- Tercer premio: *Mi madre amada* y *El mariscador*. Juan Pablo Scroggie Smitmans (Chile).

Menciones cuento

- *Wang (o Zbú o Lang)*. Alejandro Martínez Murcia (Colombia).
- *Icaria* y otros cuentos. Edwin A. Garzón Lasso (Colombia).
- *La cola* y *Las playas del tiempo*. Ernesto Tancovich (Argentina).
- *Del otro lado de las vallas*. María Cid (Argentina).
- *El gato*. Gabriel José Moncada Belisario (Venezuela).
- *Los microdélitos*. Luciano Sívori (Argentina).
- *Encantadora de cerdos* y *Estampa familiar*. Norges Carlos Céspedes Días (Cuba).
- *Fábulas, antibéroses* y otros cuentos cortos (o muy cortos). Fernando Luis Rojas López (Cuba).
- *El centro de las realidades*. Iván Andrés Tovar González (Colombia, Universidad de San Buenaventura Cartagena).
- *El sueño* y otros cuentos. Melanie Romero García (Colombia, Universidad de San Buenaventura Cali).

- *Una obra interminable*. Ányela Maggali Caicedo Olaya (Colombia, Universidad de San Buenaventura Cali).

Para que así conste, el jurado del XIII Concurso Literario Buenaventuriano de Cuento y Poesía, firma la presente acta a los veinte días del mes de agosto de 2017, en la Universidad de San Buenaventura Cali.



El jurado

Virginia Rodríguez Herrero

España

Profesora, escritora y narradora oral escénica. Su vida gira en torno a la comunicación oral, la literatura, el conocimiento de la realidad y la ficción, por un lado, en calidad de doctora en sociología y licenciada en sociología y antropología, como profesora universitaria de ambas disciplinas en el Centro de Enseñanza Superior Cardenal Cisneros (adscrito a la Universidad Complutense de Madrid), y a partir de otras actividades relacionadas con las humanidades y dentro de la investigación de la creación social y cultural. Por otro lado, mediante la escritura y publicación de los cuentos ilustrados *E-Ulogio caracol*, *El mágico árbol del zanacotón*, *Tiritas del tiempo* y *Galería de seres desordenados* (<http://habacontada.blogspot.com>).



es/), y de otros que van naciendo en el blog *gaspachoeninvierno.com*. Considera que gracias a las compañías de la imaginación de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica, su faceta de comunicadora se ha visto enriquecida inmensamente. Es de las nuevas voces más brillantes y cinceladas de este arte contemporáneo que reinventa el antiguo arte de contar a palabra, voz y gesto vivos. Formada como artista oral en los talleres de la Cii-noe –institución fundadora y referencia internacional desde 1975 y 1989–, es uno de los miembros más recientes y destacados de la compañía de la imaginación Iberoamérica, fundada por Francisco Garzón Céspedes y codirigida por José Víctor Martínez Gil, y una de sus figuras de mayores logros y posibilidades. Ha sido elegida cada año para contar en todos sus eventos en Madrid (festivales y muestras en teatros, el paraninfo de la Universidad Complutense/UCM y cafés culturales), y en otros de las anuales Giras España de Noé, de elevada jerarquía con cumbres en lo dramático e incursiones exitosas en el humor de la cultura, categorías en las que se mueve con efectividad dentro de sus diferentes géneros.

Antonio Joaquín García Ángel

Colombia

Estudió literatura y comunicación social en la Universidad Javeriana de Bogotá. En el año 2000 publicó su primera novela *Su casa es mi casa* y en abril de 2010 editó su tercer libro *Animales domésticos*.



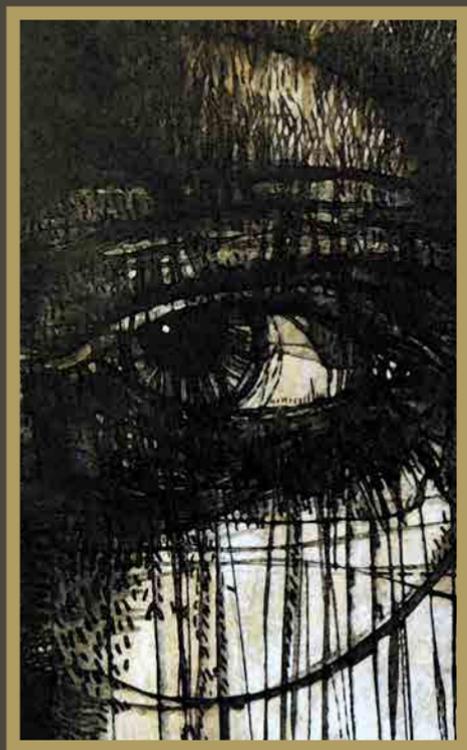
En 2007 fue escogido como uno de los treinta y nueve escritores menores de 39 años más representativos de América Latina, en el marco de Bogotá Capital Mundial del Libro. En el 2004 fue elegido en el programa de Maestros y Discípulos de la firma *Rolex (The Rolex Mentor and Protégé Arts Initiative)* y gracias a este reconocimiento publicó en el 2006 su segunda novela *Recursos Humanos*, con la tutoría de Mario Vargas Llosa. En el 2012 hizo la presentación del libro al viento *¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas?: Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana*. Actualmente es columnista de la revista *SoHo*. Su última novela *Declive*, ha sido considerada por la crítica y el público como una de las mejores novelas colombianas del año.

Andrés Eduardo Chicué Alvear

Colombia

Psicólogo, magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia y docente universitario en la Universidad de San Buenaventura Cali. Autor de la novela *Los guardianes del Animarium* y de varios artículos relacionados con la psicología y la literatura infantil, publicados en revistas nacionales y latinoamericanas.

Ha sido jurado en anteriores versiones del Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía.





Poesía



Sumario de los ciegos

Teresa, soy el agua recobrada

Puedo ser lo más renegrido,
ser el agua primigenia que recorrió el mundo,
el mar, los ríos hediondos y el desagüe,
la lluvia en las grandes metrópolis y las que ayer fueron fortalezas
—troyas y termópilas que hicieron de los mitos
cantos de juglares y estancias de luciérnagas—.
De mí han bebido los pájaros, los reptiles y los ciervos,
se han bañado prostitutas y reyes sanguinarios.
Han bautizado conmigo a los sucios y a los hipócritas.
Se han lavado las manos Caín y los muertos de su estirpe.
Soy la cólera de los océanos.
Soy el agua que colma los mundos de sustancia.
Soy la huella de lodo, los oscuros de la calle, de la vida,
y el tufo de la noche.
Soy el agua que escurre de anegadas azoteas.
Soy la lluvia enferma de gris plomo
y de dureza insostenible, de hielo más vidrio que nube.
Pero en tu imagen, madre, en tu sol de anciano cielo,
soy la boca en su sueño de caudal,



el agua recobrada, el vapor de un hombre
que asciende limpio
al escuchar tu nombre espiga,
tu terecidad agitada en el ambiente
y tu naturaleza de dar el amor
como trigo de panes venideros.

Atavismos de la luz

Nací primero en las ideas de mi madre;
antes de ser cuerpo y llanto,
en su mente juvenil
fui un fósforo, una luciérnaga,
una pizca de sal
o quizá algo más grande: un nido
en el cedro de su melancolía,
un ceniztle
en la ilusión de su ramaje.
Después vinieron otros
momentos de la luz:
los menos claros, los “a medias”.
Nací, por ejemplo, la vez que mi padre
se fue de casa
y venció, al salir, los vidrios
del cuarto a oscuras
que era yo
en el sueño del útero materno.
Alguna vez nací del sótano de madre,
y al emerger, con los dedos del sol
fui bautizado

para nacer de nuevo en tres sonidos:
“Francisco”, dijo ella, como papá,
el ausente de mis ojos
y los ojos de ella,
los más negros por fuera, teñidos por el mundo,
y más azul cobáltico por dentro
desde donde pude contemplarlos
en el instante de ser agua.
Pero nací, sobre todo, aunque me falten hoy pedazos,
el día que mi padre atravesó,
vuelto magma, la carne de mi madre;
porque es lumbre su cuerpo,
abrupta, incontenible,
y su recuerdo un ardor
que hace crepitar mi boca
cuando lo nombro
desde mi remota condición
de leño quebradizo.



Recuerdo algunas cosas de mi infancia
por mi madre:
me contó que leí las primeras líneas
de una carta que le enviaron desde California,
y que en ese momento,
acaso el más adulto de mi vida,
supo que yo conocería
el dolor que lleva en sus entrañas.
Siempre fui precoz para dolerme,
dado que aprendí a leer
a los cuatro años
y entendí pronto aquellas letras
enviadas por mi padre
—botella con epístolas,
vidrio vulnerado
por el alcohol y la nostalgia—.
Por eso quise escribir pronto:
para pronunciar mi dolor
con cartas
dirigidas a una sombra
e irme proyectando
como una ausencia, la misma que soy
escondido en los vocablos.
Hay algo mágico en la correspondencia,
porque aquellos escritos
fueron, desde entonces,
los pájaros
que cantan hoy en el poema.





Dos momentos

He pensado mucho en la juventud de mi madre:
mi casa de trigo, asilo para aquellos
que en su hueco de hombres
tienen ansia
de pan y de mutismo.
Son sus manos dos momentos,
el primero para hacer
y el segundo para dar
lo que se cocina en la ignorancia
de las cosas,
excepto del amor, porque es en el amor
donde existe lo fecundo y lo abierto
como un estuario que entrega
sus piedras más hermosas al océano
o como la carne tibia que da forma
y nombre a los latidos:
percusiones, apenas un rumor
del concierto universal,
un verso y una espiga
para la angustia
de los pájaros que lloro en el poema.
Como un sonar de campanas
en la noche

es la soledad de Teresa en su refugio,
en su cama que es arena,
playa y terciopelo.
donde desova sus ansias de pleamares.
Mamá pelícano se hiere
y su sangre me da para que viva
—yo me cimbro y me agrieto:
ella entra, estaca de luz,
por las fisuras de mi voz que me develan.

Mi madre buscaba reconciliarme con el tiempo

Escuché que mi madre trabajó en una fábrica de relojes
cuando estaba embarazada de mi vida.
La imagino sonriente y generosa,
porque dicen que volvía esbelta de dolor
por la orilla de la calle,
enjoyada de juventud, con sorpresas
para los que corrían descalzos en la casa:
sus hermanos, para quienes calzar
con cuero nuevo
fue la única felicidad de aquellos días
comparada con la cena.
Mi madre sabía que era necesario
proteger los pies de los viajeros,
de los niños que, más tarde,
después del estornudo del tiempo,
de varias horas —tic, tac, toc—,
de varias muertes y llantos,





abandonaron la casa para irse a recorrer
las arboledas nevadas de los Estados Unidos.
Mamá trabajó en una fábrica de relojes
—cuentan los tíos cuando vuelven—:
tal vez intuía, en su soledad inmadura,
que estaba condenada a la espera
—a mirar el reloj y el calendario—
y que yo nacería
enfadado con el tiempo.

Rosaledad

Aquel rosal, padre,
que sembraste en la orilla del patio
creció más que cualquier niño de la casa.
Eran majestuosas sus rosas de sangre:
la tuya misma, proveniente
de las estaciones solares
que nos despetalaron con indiferencia.
Pero mamá fue astuta:
fue, frente a sus hijos,
el Ladón rebelde de su cobardía.
Ella cortó, una mañana de pájaros dormidos,
cada tallo espinoso, cada suspiro amargo,
y desenterró sus raíces.
En el hueco de la tierra, en esa herida
fértil del rosal,
puso los pies niños de sus vástagos.
Tiempo después, los que fuimos estacas
crecimos con apremio:



crecieron nuestros cabellos y nuestras ideas,
nuestras manos y nuestras voces
en palabras
como una raíz extendida por el aire.
Armando, el más pequeño,
se fue a la guerra
porque siempre tuvo las armas
en el nombre.
Marisol, la mayor de los tres cuerpos que soy
como Gerión de Garida,
siguió a Armando por las aguas:
tiene un ancla en su pecho
que ha de lanzar al mar
cuando termine de encontrarte
más allá de todos los vientos y sirenas.
—En el fondo, ambos hermanos te buscan
desaforados, cansados de no dormir
para ver las crestas de tus barcos a lo lejos—.
Y en medio de ellos, yo,
del brazo de mi madre
con quien sigo esperando tu retorno
y abonando el hueco del rosal,
la pureza de la infancia,
para que siembres el amor
como semilla de amaranto y de café,
porque hambre y sed
de ti
tendremos siempre.

Sumario de los ciegos

Madre, mi edipismo consiste
en arrancarme los ojos
para no ver el aspecto de tu muerte.
Pero si no he de hacerlo,
si he de verte
en otra realidad que no es la del poema,
entonces cubriré mi rostro con las manos
—cortina que disipa la mancha de la noche—
y dejaré abiertos mis oídos
por si dices algo, tus últimas palabras,
que he de guardar
como guardaron las aves
en su trino
la primera palabra
de Dios sobre la Tierra.



Francisco Trejo Hernández. México

Francisco Trejo nació en la ciudad de México en 1987. Estudió la licenciatura en Creación Literaria en la Universidad Autónoma de México y la especialización en Literatura Mexicana del Siglo XX en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Ha publicado en diversas revistas nacionales y del extranjero. En el año 2011, sus poemarios *Rosaleda* (2012) y *La cobija de Ares* (2013) obtuvieron mención honorífica, en el Premio de Literatura Joven Max Rojas y el Primer Premio Nacional de Poesía José Emilio Pacheco, respectivamente. En el año 2012 recibió el Premio Nacional de Novela y Poesía "Ignacio Manuel Altamirano" con su obra titulada *El tábano canta en los hoteles* (2015). Ese mismo año obtuvo una

mención honorífica en el Concurso 43 de la revista *Punto de Partida*, de la Universidad Nacional Autónoma de México. En el año 2013 ganó el segundo lugar en el Premio Nacional de Poesía José Emilio Pacheco, de la Universidad Veracruzana. Una muestra de su obra está incluida en la *Antología general de la poesía mexicana. Poesía del México actual. De la segunda mitad del siglo XX a nuestros días* (2014) y *La voz alucinada* (2014). Ha participado en diferentes encuentros de poesía, nacionales e internacionales. Fue becario del programa Jóvenes Creadores, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en el rubro de poesía, generación 2014-2015.

Poesía
Segundo premio

Daniel Matul Romero
Guatemala



Tratado elemental sobre la composición de las cosas

El tenedor

El tenedor es un reptil sobre la mesa. Su tórax ondulado, la fortaleza de su cuerpo y la fila de sus dientes aguardan en silencio. Espera, como un depredador, en la orilla de los platos. Me gustan las marcas en su dorso, las inscripciones de su piel; esas figuras geométricas que lo acompañan solemnemente. Después de la cena, los cocodrilos de la casa se tienden sobre los tazones y los restos del postre, como si estuvieran en un río durmiendo.

La bicicleta

Apoyo mis pies sobre los pedales y empiezo a recorrer la noche. Empujando con la pierna derecha la impulso, como si al inicio, la bici necesitara una muleta. Mi bicicleta solo tiene pedales y, por eso, se ríen de mí. Una bicicleta es más que dos pedales, me gritan en la calle. Mi bicicleta es una esperanza. Me levanto sobre ella para avanzar, para sostener el paso, para irme de viaje al interior de la lluvia. La bicicleta de la esperanza es una casa, una banca, un pedacito de papel desde donde comienzo nuevamente, me recupero, regreso al camino indicado. Pedalear, es recuperar la fe. Es apoyarme en ella, es escuchar los sonidos del corazón para que no se detenga. Mi bicicleta solo tiene dos pedales y por eso me gritan loco.

La cuchara

Una cuchara en silencio, sobre la mesa, espera que un día el mar se hospede en su cuenco. La lluvia va dejando recuerdos en su vientre. Ella cree que es el mar. A veces sueña que es una caracola y en su cuerpo las voces del océano se congregan. Para no desilusionarla a veces la pongo en mis oídos y la escucho cantar. Las cucharas de mi casa son moluscos que buscan alimento en los platos, en las sopas, en los frijoles que hierven ahora. Se ha corrido el rumor por la cocina y los cuchillos reclaman, también, sus raíces marinas.





El canasto

Mis abuelos fueron sauces, largas columnas de madera que sostuvieron la noche. Fuimos árboles que navegaron sobre las aguas en forma de canastos. Poco a poco nos tejieron las manos de seres que salían de los bosques manchados por la humedad de la tierra. Fuimos árboles que dieron sombra. Los tzutuhiles lo sabían, por eso el tiempo para las abuelas se tejía con el mimbre. Fuimos la forma del tiempo, un rostro, un cubo, una serpiente, las alas de un pasado que fue pez, murciélago, piojo o lagartija. Ahora somos solo el cesto donde se pone la ropa sucia. Un recipiente para guardar el pan, la sal, el azúcar, los calcetines. Un día, fuimos la nave que cruzó los océanos. Este país se tejó con tallos largos de nuestro cuerpo. Aún podemos almacenar a la noche, aunque ahora nos pongan platos y tenedores encima. Somos la prueba de que las manos tienen memoria. Tejer no es otra cosa que recordar. Recordar es elaborar canastos donde se guardan las cosas que son importantes. Quien hace un canasto escribe una historia. La historia está en esas manos que tejieron canastos y naves y libros para que supiéramos que el tiempo es un tejido que guarda lo que fuimos descubriendo en este oficio de trenzar lentamente nuestro pasado.



El mar

El mar, que es sabio, sabe decir adiós y retirarse en silencio, sin forcejos con la tierra o sin reclamos a la luna. Los seres oceánicos lo entienden y las ballenas cantan al verlo marchar. Algo de la vida se retira cuando el mar disminuye su presencia. Las ostras cierran sus puertas y conservan gotas del agua que se fue para sobrevivir durante su ausencia. El mar se aleja dejando recuerdos sobre la arena. En los charcos que quedaron se refugian los animales que más lo extrañan. Yo lo veo partir, con cierta ternura, dejando sobre la arena barcos, troncos y la silla desde donde observo como se va secando la memoria.

La lámpara

La casa está en silencio. Solo se escuchan los sueños de mi lámpara. Dice que aprendió de las aves. De pie, entre los muebles del tiempo, su luz es una artesanía que aparece cuando todo está dormido. A veces, parece un cormorán doblado sobre su pecho. Otras veces es una garza, sostenida sobre su patita, en medio de la noche. Es una buena compañía tener un ave en casa, que habla con tanta claridad en sus sueños. Su cuerpo de madera recibe la luz como si fuera un huésped. Nos acompaña en la cena y cuando nos sentamos a leer o escribir o caminar entre lo oscuro. Vivo con

un ave que dejó de volar a cambio de alumbrar. Canta con una pasión que enciende todos los rincones de la casa.

El puente

Un puente es el silencio entre dos orillas. No pierde el tiempo hablando, solo se tiende entre dos bordes hasta que ocurra el milagro de que las cosas se junten. Un puente siempre trabaja en silencio. No descansa. No se da vacaciones o pide algo a cambio por acercar lo que estaba separado. Su cuerpo es bello sobre el vacío o el odio que crean las distancias. Un puente es un pedazo de metal, un trozo de madera, una estructura sin sentido, si sus manos no se tienden sobre dos aristas. Si no hay orilla al otro lado, el puente es inútil, un mundo que no gira, un párpado que no protege. Un puente recoge lo que estaba separado. No es un camino, pero hace posible que el camino exista. Me gustan sus brazos, las curvas de sus arcos y sus pies bien puestos sobre la tierra.

Daniel Matul Romero. Guatemala

Poeta guatemalteco nacido en Quetzaltenango. Actualmente vive en Costa Rica. Su obra poética ha merecido varios reconocimientos. En 1995 obtuvo el Primer Lugar en el Certamen de Poesía Ómar Dengo, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional (Costa Rica). En 1997 obtuvo el Premio Iberoamericano de Poesía, Editorial Ópera Prima, España.

Posteriormente, en el año 2005 obtiene el segundo lugar en el Certamen Internacional de Poesía María del Villar, Navarra, España. Y en el año 2009, obtuvo el premio único de poesía de los Juegos Florales Hispanoamericanos de la ciudad de Quetzaltenango, Guatemala. Fue uno de los ganadores del III Certamen Centroa-

mericano de Haiku (2012), convocado por la embajada de Japón en Costa Rica. En el 2015, fue el ganador del XII Concurso Literario de Poesía Gonzalo Rojas Pizarro, Lebu, Chile. En el 2017, fue ganador del Concurso Internacional de Poesía En honor a la palabra, del museo de la Casa del Faro, Quequén, Argentina.

Ha publicado *Efectos secundarios* (editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007); *Noche de Ronda* (Metáfora Editores, 2012), y *Cuatro caminos* (Metáfora Editores, 2012). *La chumpa roja* (Metáfora Editores, 2015) y la editorial de la Universidad Costa Rica reeditó la obra *Noche de ronda*.

Es profesor universitario en Costa Rica.



Poesía
Tercer premio

José Antonio Fernández Sánchez
España

Habitación con vistas

Mi primera hipoteca

Heredé un solar con vistas al mar,
pero siempre me tiró más la montaña.
Entonces lo intercambié
por otro orientado a la parte baja del Himalaya,
pero el frío del verano me generaba afonía
—cosa que era incompatible con mis quehaceres domésticos—.
Decidí vender todo lo que tenía:
cuatro lápices que borran, algunas portadas de periódicos
en las que se me puede distinguir de lejos
y, lo más querido por mí,
un puzle de mi cara hecho con restos de comida china.
Con lo que me dieron compré una habitación
con vistas.
Desde entonces
no he vuelto a ver más las flores.



Habitación 131 o el modo capicúa de decirlo

Frente a mi puerta hay otra puerta, idéntica.
Suelo mirar por la mirilla
hacia la otra mirilla, idéntica a la mía.
Siempre me encuentro un ojo,
grande, abierto de par en par,
idéntico al mío.
Me aparto rápido, idénticamente.

Ruidillos mal sintonizados

Cada día me despierto a las 6,
del día siguiente.
Me levanto lo necesario
y me siento a mear,
aflojando y apretando los músculos,
como quien quiere decir algo en Morse;
me lavo lo justo y, solo entonces,
me pongo a pensar.
Cuántas voces se me amontonan de golpe.
Mira que les tengo dicho que hablen de una en una.
Está claro que he de cambiar de moderador
ya que es más difícil tener que cambiar de familia.
También me acuesto cada día a las 6.
A la misma hora que me levanto,
pero antes meo, aflojando y apretando los músculos,
me lavo y pienso:
¿Dónde se habrán ido las voces?, ¿por qué el silencio
da tanto miedo?,
¿hay alguien ahí?



Esas visitas imprevistas

Ayer tuve una visita.
Estaba ganándome una partida de ajedrez
cuando escuché el timbre en la parte izquierda del sujetador.
Como es lógico, no hizo falta ni levantarme,
simplemente alcé esa prenda vacía
y en ese preciso momento entró la cucaracha.
Hubo incomodidad por ambas partes:
lo imprevisto de la visita, la hora inadecuada,
ese no saber qué decirnos por la diferencia cultural,
incluso de tamaño.
Pero seguro que uno se acostumbra,
pensé,
mirando fijamente el movimiento de sus antenas.
Veremos cómo arreglo el tema de dormir.
Queda feo mandar a la visita al sofá;
además, mi cama es de matrimonio
y hace frío.

Más visitas

Hoy vino mi casera.
Ella no me vio, aunque yo a ella sí.
Cuando entró yo estaba en el lado opuesto
y coincidió que un rayo de luz hacía sombra justo en mí.
Me pilló sin ganas de charla
por lo que no abrí la boca ni para respirar.
Menos mal que estuvo poco tiempo y pude aguantar.
Vi que abría y cerraba cajones
como quien tecléa un piano.
En uno de ellos hizo una pausa tan grande
que pensé que había terminado de tocar.
No sacó de él nada
aunque sí que respiró su aire.
Cuando lo cerró sonó como a ventosa
y noté una sensación extraña,
como cuando uno quiere que no te roce
el humo que estás fumando.
Cuando se fue le dije adiós pero no me oyó.
Lo dije para mis adentros, eso sí,
lo confieso.

Tener o no tener

Tengo en mi habitación
unos dibujos con formas de caras,
aunque en realidad son grietas.
La mayoría de las caras sonríe
pero todo depende de la posición de mi cabeza.
También tengo unas fotos muy bonitas, de unos paisajes.





Parecen ser de una zona indefinida de los Alpes suizos,
aunque en realidad es una enorme humedad
que abarca casi toda una pared,
justo la que da enfrente, se mire desde donde se mire.

Lo que no tengo,
y eso sí que lo echo en falta,
es un lápiz con el que ir marcando rayas
que simbolizan días, semanas, meses
y años.

Pero tengo una cosa:
la paciencia de ir contando los segundos,
uno a uno,
aunque reconozco que cada segundo
se me va haciendo
más largo.
Y empiezan a pesar los párpados.

Intercambios

Cuando me despierto
lo primero que hago es airear la habitación.
Esa costumbre viene de mi abuela.
Siempre decía que mi abuelo murió de un mal aire.
Yo abro la ventana y espero,
pero es que entrar
entra poco
y casi no sale nada.

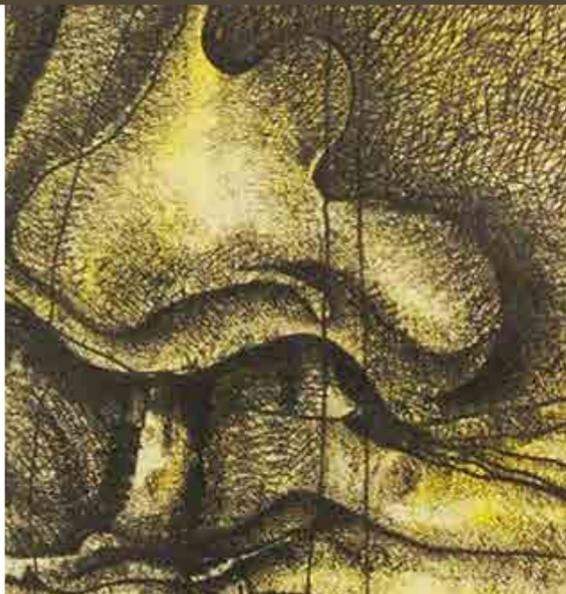
Escuadra y cartabón

Para mí,
el mejor momento del día es cuando me acuesto.
Es cuando el mundo recobra todo su sentido.
Todo es geometría,
la horizontalidad del techo
unida con la verticalidad de las esquinas.
Cuadrados perfectos, rectángulos,
la hipérbola del sueño en espiral,
el ángulo de 90° de mi cuerpo.

Así nos vemos

A veces,
más o menos día sí, día también, me apetece mirar fotos.
Mi deseo sería recordar
el momento exacto del disparo,
revivir la misma sensación determinante.
En todas me reconozco
pues es fácilmente extrapolable
lo definible y lo definitorio.
La foto congela la realidad de un preciso instante,
justo ese en el que los ojos necesitan la hidratación
de un cierre inevitable.
A veces, mirando fotos,
—cada día, sean pares, impares, o legítimos—
el único recuerdo que merece su nombre
es el momento del cric del disparo
coincidiendo con el acercamiento
veloz de la avispa, esa que pica
y nunca muere.





Cuestión de pareceres

Las personas que me conocen
dicen que me parezco mucho a mi madre.
Las que conocen a mi madre
dicen que me parezco más a mi padre.
La que conocen a mi padre
se preguntan a quién demonios habré salido.
Desnuda tengo más de mi madre,
aunque si hablo
parece que está hablando mi padre.
—He de decir que mi madre era persona de pocas palabras,
sea por omisión o sumisión—.
Lo que es realmente mío
es esa afición a ponerles cara a los fantasmas.



Entretenimientos varios

En una habitación de cuatro por tres se pueden realizar multitud de actividades, como practicar la tabla de multiplicar en voz baja, si es de día, o dividir las horas entre la mitad de la mitad, cuando llega la noche.

A la cifra resultante le restaríamos 1: así romperíamos la paridad de la espera.

Podríamos mirar el techo, si estamos tumbados bocarriba, o el suelo, si nuestro eje con respecto al centro de gravedad diera algo cercano al cero.

Podríamos alfombrar todo, incluso a nosotros mismos.

Así, la pluma de los ácaros amortiguaría los estornudos.

En una habitación así lo difícil sería girarse y no chocar abruptamente con alguna cosa que ocurriera ayer mismo.



Lo relativo

Sí, a eso le llaman vivir, más o menos.
Tener un perro que me siga,
que sea tan alto como mi costado,
un cigarro relamido
en el labio bajo de la boca
con la ceniza cayéndome en la ropa.
Eso me dijo un individuo,
o tal vez lo soñara, no sé.
Desde aquel día
me limpio asiduamente las cenizas.
Es mi manera de ir muriéndome
al menos con higiene.

Quehaceres diarios

Un plácido día como el de hoy
pudiera quedar reducido
al momento exacto en el que
en vez de gritar, me callo.
Sé que hay vecinos acechando
que tendrían la excusa perfecta
para tirar la puerta abajo.
Después pedirían perdón
cuando se dieran cuenta
de que no es posible gritar sin lengua.
Y es que los días son muy largos
y las uñas no dan para tanto.



Reformas mejorables

Mañana empezaré a reformar todo esto.
Empezaré por las cejas,
quitándoles esa sonrisa como del revés.
El pelo me lo recogeré en dos trenzas,
para evitar posibles paralelismos.
Me pintaré la cara oculta de la luna
así ganaré visibilidad, que no luminosidad.
En el bajo vientre haré un trastero,
sin luz, ni líquido, ni aire,
conmigo.
Toda reforma hay que hacerla bien.
Ha de durar, al menos, hasta
que amanezca.

El derrumbe

Si a esta habitación le derribo el tabique de la izquierda
habré borrado diez barrotes, como mínimo.
Si aparto de un manotazo el tabique de enfrente
habré abierto un boquete lo suficientemente grande
como para que entre el aire sano.
Si a esta habitación,
con dos tabiques menos,
le retiro el apoyo convaleciente
que mantiene la temblorosa pared
que, como muestra, queda a la derecha del poema



habré roto el trémulo equilibrio que me queda.
Si quito el tabique de atrás
caerá el techo
y aplastará al poema, a mí, a ti,
al mundo.
Pero si tú retiras los escombros,
te curas los aplastamientos, aspiras el suelo
y te olvidas de poemas,
quedaré una losa donde construir
un zulo nuevo.

José Antonio Fernández Sánchez. España

Nace en 1963 en Terrassa (Barcelona). Reside en Cerdanyola del Vallés (Barcelona).

De profesión ferroviario. Recientemente ha publicado en revistas literarias, tanto de papel, como electrónicas *Ranle*, de la Real Academia Americana de la Lengua Española, *Estación poesía*, *Turia*, *La galla ciencia*, *Áurea* y *Empireuma*, entre otras.

Libros de poemas publicados: *Metafóricamente hablando*, Asociación Cultural Letras Cascabeleras, 2015. *Cine mudo*, Editorial La Baragaña, 2014. *Las mentiras de Platón*, Editorial Polibea, 2013. *Recopilatorio de lo absurdo*, Editorial Germania, 2013. *Curvas*, editado por el Ayuntamiento de Madrid, distrito Tetuán, en edición no venal, 2013. *Nada*, plaquette bilingüe español/rumano, 2013, no venal. *Brooklyn*, editado por la Unión Sindical de C.C.O.O. del Barcelonès, en edición no venal, 2012. *La eterna pubertad de Lino*, Editorial Cálamo Gesto, 2011. *La profundidad del agua*,

Ediciones Rondas, 1987.

Ganador del XXV Premio Nacional de Poesía Acordes, 2017, con el poemario *Di luz*.

Ganador del premio de escritura El Duelo de la Luz, 2015, de La Fundación Corda, en la modalidad de poesía, con el poema *Demasiado fugaz*.

Ganador del V Certamen Leopoldo de Luis de Poesía, 2013, con el poemario *Curvas*.

Ganador del Premio Platero de Cuento y Poesía 2012, modalidad poesía. El Club del Libro en Español de las Naciones Unidas en Ginebra, con el poemario *Brooklyn*.

Accésit del 16º Premio de Poesía José María Valverde, 2012.

Ganador de la XXV edición del Premio Cálamo de Poesía Erótica 2010, con el poemario *La eterna pubertad de Lino*.

Segundo Premio del Primer Concurso Internacional de Poemas Yolanda Sáenz de Tejada" 2010.

La memoria de la cosecha



I- Acertijo

Apresar el tiempo en las muñecas
Polvo océano de huellas
Llamada expectante en la ventana
O despiste tras la puerta
Impreso de rastros en vasos de papel
Desecho el mundo en sus partes
Cordón de zapatos, asfixia para el ahorcado
Agua contenida en botellas
Naufragio sobre un mar de piedras cultivadas
Capricho de silencios arañando las cortinas

II- Condena

Hastío

Desgano

Distracción de los oídos

Brisa de lluvia retrasada

Sombra que se alarga en la inercia de unas aspas

De un ventilador arrinconado que nos mira expectante

Y nos confronta con su silencio

Presencia inasible

Correspondencia de las cosas

Título de libro cerrado que insiste en su lectura

Silla blanca plástica vacía, letrero sin nombre

Un ocupar sin espacio

El silencio hace que la mirada esté atenta a las cosas

Curiosidad ajena

Boca sin palabras que afloran de sus labios

Plafón sin bombilla, luz fatigada

Ventana ausente

Puerta desconocida

Baldosa sin el polvo de los pasos

Abandono de zapatos sin calzar

Cuadernos sembrados en la mesa

Estuche de gafas que nos mira

La reja, una alfombra, cerradas las puertas del armario

Junto a una calle con su asfalto pisoteado



Señal de pare que ha condenado al tiempo

III- Aire

Susurro bajo el cielorraso
Sombra perfilando siluetas en el suelo
Resistiendo tejados de sol
Escondida bajo las hojas
¿Enorme es la pena como la sombra de una hormiga?
Océano de enjambres
Universos de arena
Aire contenido en cabeza de alfiler
Azul día, penumbra noche
No es el viento



Molde extraído del cuerpo
Rama en movimiento

Vestido de calor
Cubierto de frío
Perfume de tierra húmeda en tardes de sequía
Parte
Regresa
Una vez dentro
¿Se ha posado?

Alimento, fruto consumido
Respiro, no distingo
Hambre, saliva, porción suspendida
En trozos extirpados al vacío

Se expanden los poros
Mi cuerpo es soplo, se irradia
El pensamiento brisa
Saberme fragmentado

Caminarme, oración permanente

Morir en la palabra
En la aparente dualidad
Atención, jornada de la tarde

¿Qué es morir en la palabra?
Guardar silencio

Significado
Aire, mi voz

IV- Canto

Si el surco de la hormiga es huella
La caída del agua abandono
La azul baldosa es un rostro de cielo

Fragilidad del fuerte
Agonía, abandono ante la vida
Lucha no reconocida
Si la oración no responde al clamor de la palabra

Entre mis dedos hurgo pliegues
Que guardan historias de un camino habitado
De la esperanza enraizada en la estación
De la sombra que deambula sobre el río
De un insecto muerto, dormido
Expuesto al sol

Onde el azul cielo de la baldosa
El rostro clama columpiado al vaivén del ruido
Diálogo de sordos en trasnochado lamento de cigarra

¿Renacerá esa hormiga cuando ya no pueda surcar el suelo?
Cuerpo, huella inmóvil

La mentira irrumpe en la escena desafiante
Y la vuelta de la vida sí es una tuerca

Una canción desafinada
Colgando de la pared

Baldosa piel de luna
Dolor que aguarda contenido tras la puerta

Extasiado ante el cuerpo de un ciempiés que agotó sus pasos
Dormita recogido un olvidado caracol a la intemperie

V- Especulación

Caminar deshabitado, en eso consiste la liberación
El impulso yermo
La cofradía musita en llanto
En algún lugar un no lugar
Absorto, presto a los latidos
Tanteando el camino con dedos escaldados



La vista entorno guía
Escapulario de la tarde, sudores de sol
Agonías de espanto
El pájaro cuelga desde lo alto
Sobre la carretera las llagas se hacen paso
Deshabitado, sin huellas en la arena
Y el mar saciando su vacío

Alfonso Renza Campo. Colombia

Maestro en Artes Plásticas de la Universidad del Cauca, Popayán, 1994.

Énfasis en pintura, dibujo, escultura y grabado. Su trabajo se complementa con la ilustración, el *collage*, la intervención sobre fotografías impresas y el uso de textos en la obra.

Primera Mención de Honor IV Salón Septiembre Artistas Caucanos, Colombia, 1990.

Beca de Creación Individual en Artes Plásticas. Ministerio de Cultura. Colombia, 1998-1999.

Doctorado en Humanidades por la Universidad Carlos III, de Madrid, España, 2002-2003.

Doctorado en Pintura por la Universidad Politécnica de Valencia. Valencia, España, 2005-2006.

Ha hecho varias exposiciones individuales en Colombia y España entre los años 1990 y 2013. Invitado y seleccionado con su obra en diversas exposiciones colectivas en Colombia, España, Brasil, Portugal, Estados Unidos y Japón, entre los años 1987 y 2017.

Escritor de poesía. Actualmente coordina el colectivo de artistas "Cali se dibuja".

Es el representante de artes plásticas y visuales al Consejo Municipal de Cultura.

Invitado al XV Festival Internacional de

Poesía Cali. Septiembre de 2015.

Segundo premio de poesía El Cartero. Revista *El zarzo*. Cali, noviembre de 2015.

Miembro de la "Red Poética". Colectivo de poetas de Cali, 2016 -2017.

Invitado a la gala poética II Festival Internacional de Literatura Oiga Mire Lea. Museo Rayo, Roldanillo, septiembre de 2016.

Invitado al Primer Festival de Poesía "Encarnación García", Zarzal, noviembre de 2016. Mención especial en poesía en la convocatoria "Letras sueltas. Expresión urbana". Fundación Escritores de Cali. Diciembre de 2016.

Publicación de poesía en el libro *Memoria del Taller de Escritura Creativa "El cuento de contar"*, red Relata, del Ministerio de Cultura, 2016.

Forma parte del taller de poesía y cuento, con el Maestro José Zuleta Ortiz, Biblioteca Centenario, Red Relata del Ministerio de Cultura, 2017.

Primer puesto en poesía en el XVI Concurso Literario "Escritores Autónomos", Universidad Autónoma de Occidente, Cali, abril de 2017.

Generosamente ha ofrecido algunas de sus obras plásticas para ilustrar el libro del XIII Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía.



Poesía
Mención

Níver Osmany Vargas Palacio
Colombia

Náyade al litoral

Desde alto penacho de palma
enquistada, enraizada, sublimada
bañándote, sílfide, en abluciones
litoral, cayo, selva
macerada por caudal de Anchicayá,
enjuagas tus ristras de dolor
y sonríe tu Buenaventura,
tu Tumaco, tu Guapi, tu Timbiquí, tu Quibdó
mientras vas pariendo
ballenas de armiño color
en el muelle de tu mulato sabor.



Limerencia de azul Nuquí,
orlada, ribeteada, bordeada
acentúan en tu policromático verde
mangles, abarcos, abrojos,
regados por tus exudaciones
de agua, de piñuelos, jiguas y helechos
fértil vientre, Bahía Solano,
ultrajante golpe de mar, Utría
nacidas crías en salado azul
palenques, danzantes, chocoes
de espiráculos rebosantes estertores.

Zambúlleme en tu pletórico
nacimiento a derramamiento
paisaje, río lento,
en viaje, anegado, a tu índigo infinito
tu índigo Atrato
tu índigo San Juan
tu índigo Mira
tu índigo Patía
Serranía, Baudó, Saudó
Juradó, Tadó, Bagadó
Iró, Lloró, lloré, iré.

Currulao, trópico húmedo selvar,
Itsmina, Gorgona,
escánciate, Náyade, efervesce en el mar.

Hasta alto corona de nube
elevada, empuñada, elogiada



lavándote, sílfide, en frío cholado
litoral, cayo, selva
sarpullida por brotes de chontaduro,
prohijas tus selvas de caña
y se enmela tu Buenaventura,
tu Tumaco, tu Guapi, tu Timbiquí, tu Quibdó.
Entonces vas gimiendo
currulaos de dulce espesor
en el cabo de tu negro color.

Lentificación de áureo Barbacoas,
chapado, tostado, horneado
acentúan en tu policromático amarillo
fresno, ortiga, matarratón,
guisados por tus estímulos
de borojó, de berejú, de patacoré
terruño encantador, Bajo Baudó,
borrascoso golpe de viento, Mosquera
bullidas en Litoral de San Juan
manatís, ardillas, tucanes
de plumazones repletos semblantes.

Aúpame en tu rebosante
toque a baile
paisaje, audible braile,
en hipnosis, embelesado, a tu marimba de chota
tu trinante abozao
tu trinante juga
tu trinante bunde
tu trinante aguabajo
Serranía, aquiallá, Charambirá



Copomá, Togoromá, Pichimá
Paitó, Potedó, Chigorodó.

Currulao, trópico húmedo selvar,
corozo, Tamaná,
escánciate, Náyade, efervesce en el mar.

Hasta eterno aurora de tarde
enmarcada, encarnada, adobada
luciéndote, sílfide, en arrebales
litoral, cayo, selva
encalada por destellos de sol,
purificas tus piernas de palafito
y consagras tu Buenaventura,
tu Tumaco, tu Guapi, tu Timbiquí, tu Quibdó
Y así vas sacralizando
jaibas de zarco tinte
en la cazuela que tu calor pinte.

Elocuencia de paladar pacífico,
hervida, escaldada, picada
aderezan en tu policromática sapidez
bacalaos, bocachicos, ceviches,
sembrados por tus brisas
de costa, de playa, ribera y orilla

ubérrimos aromas, Pizarro,
vigoroso perfume humo de paila, Micay
nadadores frutos en giratorio sancocho
riveles, tundas, lloronas
de leyendas secuaces matronas.

Amústiame en tu cúrcumo
nacimiento a alimento
paisaje, río lento,
en ritmo, contagioso, a tu vivaz San Pacho
tu vivaz Fuego
tu vivaz Virgen de Atocha
tu vivaz Litoral Pacífico
tu vivaz Purísima
Manglar, Baudó, Saudó
Juradó, Tadó, Bagadó
Iró, Lloró, lloré, iré.

Currulao, trópico húmedo selvar,
chontaduro, Pacífico,
escánciate, Náyade, efervesce en el mar.



Níver Osmany Vargas Palacio. Colombia

Estudia Ingeniería informática en la Universidad Católica del Norte (FUCN). Es docente del SENA

Maximiliano Nicolás Sacristán
Argentina



La conquista de la luna

Como el salmón

Me dejé arrastrar por el calor
o quizá por el olor a placenta no sé
la cuestión es que doblé
en una esquina y me encontré
frente al hospital donde nació.
No recuerdo ese día pero intuyo
que las maquinarias de la noche
no se detuvieron por unos
indefensos berridos.
Les juro que salí a pasear
y el azar del flaneurismo
me arrastró hasta este
génesis de bolsillo
mi íntimo ex nihilo de la carne.
Frente a esa puerta
me sentí como el salmón
que malgasta toda su vida
dando vueltas en círculos
para después volver a casa.



Entradas

Pusiste la casa a oscuras
para que la torta incendiaria
avanzara por el pasillo
y aterrizara en el centro de la mesa
como un plato volador
del cine de clase B.

No valen la pena
tantos efectos especiales
hubiera querido decirle
a tu sonrisa de madre de relevo
iluminada en contrapicado.
Sin embargo usé el aliento
para soplar las cuarenta velitas
de aquella sonata de otoño
a cuatro manos.

Primavera desde el balcón

Mi vecina tiende la ropa en su terraza
de sus mangas cuelgan ristras
de garrapatas multicolores.

De repente recuerda
su papel de ama de casa
y se lleva las manos al pubis,
es que el viento y mi libido
le han levantado la pollera.
Con este gesto pudoroso
de Marilyn doméstica
podemos asegurar
que ha llegado septiembre.

“Prohibido pisar el césped”

Esa región del mundo
jamás tendrá su Armstrong
pues qué brazo fuerte
se animaría a quebrantar
la ley del placero
que sigue con ojos de metal
la pelota que pica
la correa que rept
el *jogging* que trota.
No hay colono
que se anime a poner un pie
sobre esa tierra incógnita
de la gramilla recién plantada.

Teoría literaria

Los poetas son flacos
como los libritos que sacan.
Vistos de perfil muestran la hilacha
de allí que sus *plaquettes*
radiográficas los desnuden
descosidos por dentro
dejando a los médicos
desconcertados sobre
cómo por cuánto o para qué
esa raza fallida del consumismo
levanta sus vidrieras





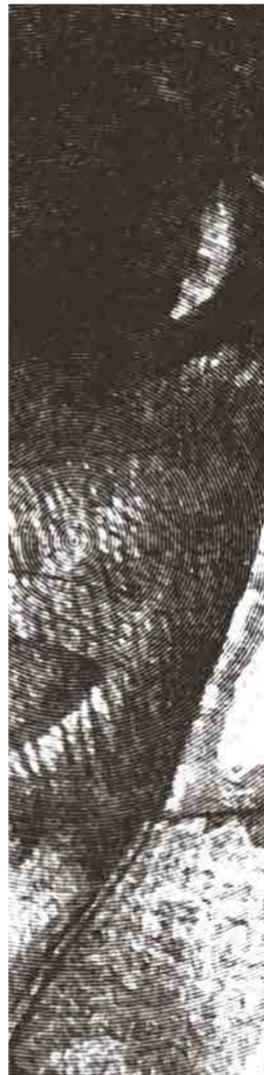
de significantes invendibles.
El narrador tiene una Obra
y sus páginas oscurecidas
de signos hasta el otro margen
lo habilitan para ser ternado
en transitados concursos.
El ensayista se arrebuja
en su bufanda de silogismos
mientras adláteres aplaudidores
corren a poblar sus labios
con cucuruchos sabor gris metalizado.
El poeta también tiene hambre
y excreta tenias solitarias
que habitarán un paisaje
de blanco celulósico
en revistas clandestinas
pero por mal distribuidas.
El poeta es un mendigo
al que cada tanto y por caridad
le ofrendan unas cuartillas
en donde caerse vivo.

Engrillado marital

Mis muñecas maniatadas
entre hilos amarillos
como quien señalará
el segmento A-B.
Soy tu atento marido
y en la matriz misma del hogar
te ayudo a desenredar
la madeja de lana
del echarpe prometido.
Se me ocurre (pero lo callo)
que esta sería una buena metáfora
sobre las monogámicas esposas
de la feliz vida en pareja.

Sopa de letras

Hete aquí al niño/adulto
al escritor/naíf
otra vez jugando con la comida
a espaldas de su madre de relevo.
Separa con la cuchara y deja
sobre el borde del plato los grafemas
con el que nutrirá sus silogismos.
Ahora la sopa es un sabroso caligrama,
el círculo virtuoso del hambriento
que se alimenta de palabras.





Humanitas

Durante todo un verano
tuve ganas de abofetear a mi amiga
pero no hallaba la excusa.
Y al fin, verán, desde detrás
le llegó el ipaf! en plena mejilla.
El cachetazo resonó en mí
como un gong liberador.
Te he matado un mosquito, mira
le dije mostrándole la evidencia
aplastada contra mi palma.
Luego de la candorosa sorpresa,
ella se malquistó, claro, pero
por el chivito expiatorio de mi maldad:
lo hubieras dejado chupar un ratito
me reprochó y acarició con el meñique
el cadáver de ese vampirito con trompeta
como al de un condenado a muerte
a quien no se le concedió su cigarrillo.



Algo se aproxima

Sylvia Plath enciende el horno,
ya ha preparado el desayuno para sus hijos.
Ernest Hemingway baja al sótano
donde guarda sus escopetas.
Leopoldo Lugones,
antes de partir hacia el Delta,
mete en su maleta un frasquito
que ha comprado en la farmacia.
Algo se aproxima.
Pero por ahora,
en el ahora de este fotograma,
aún no pasa nada.
Nada pasa.

Montaje

Sé que mi padre va a morir.
Algún día deberá suceder
y no hay manera de saltarse la cita
ni alfombra en el mundo
bajo la que pueda barrer lo indecible.
Lo que no sé es el cómo
quiero decir, cómo serán
los momentos siguientes a mi huerfanía
los detalles microscópicos de la puesta,
la minuciosa precisión de las circunstancias.
¿Me avisarán o estaré allí?
¿Miraré el reloj y memorizaré?
¿Diré algo, si es que habrá voz
para llenar los primeros minutos
que siguen al despadre?
Para entonces sí, todo será evidente
mis especulaciones tendrán su escenario
y las variaciones de la imaginación
calzarán un vestuario
con la contundencia de lo real.
Y yo me diré, quizá con ese leve temblor
con que nos revisten los hechos
“pues así era como todo sucedería”.





Geometría profana

Con mi índice derecho
dibujo en el aire
el símbolo del infinito.
Yo también aspiro
a la perfección que inspiran
los arquetipos celestes,
pero aunque lo repito
una y otra vez
más y más rápido
no me salen dos iguales.
No hay caso: mi pulso
se resiste a las simetrías,
no está hecho para lo puro
y mi torpeza conspira contra
la belleza de la geometría.



La vida es un tango, querido César

Mi amigo el poeta
festejaba su cumpleaños
en el patio trasero de su casa
sin sospechar que tras el tapial
Tánatos preparaba su *acting*.
Nos alertó la rama al quebrarse,
nos asomamos por sobre la medianera
y vimos al vecino sentado
bajo la sombra de un fresno.
Llevaba una cuerda alrededor
del cuello y parecía un perrito
tristón que se ha quedado sin su paseo.
Al descubrir nuestras cabezas
reflexionó, como para sí:
“Ni el tiro del final, che, ni el tiro del final”.
Saltamos el tapial y le quitamos
el lazo de la Parca.
Incorporóse lentamente
abrazó al primer hombre,
y lo cruzamos con nosotros
hacia el lado del sol.



La conquista de la luna

Primero fue un pestañeo
como si desde la usina
nos hicieran una broma infantil,
pero en seguida el bar quedó a oscuras
y los superyós de una decena
de parroquianos encendimos
nuestros teléfonos celulares
cual bujías futuristas o espantapájaros
de las pulsiones cavernarias
que trajo el apagón.
Por la ventana redescubrimos
la plaza de enfrente
convertida en valle lunar.
Vamos me dijo ella
pagué y cruzamos la calle.
Buscando un banco a tientas
nos sentimos los adelantados
en la conquista de un mundo tenue.

Maximiliano Nicolás Sacristán. Argentina

Estudió periodismo y letras. Se desempeñó como articulista y asesor de redacción en diversos medios gráficos zonales. Publicó *El gotero de tinta* (Haikus, 2004), *Tríptico postmoderno* (cuento breve, 2008), y *Diario liberto* (diario literario, 2012) en ediciones independientes, más

la novela *Gayumbo empieza por gay* (Madrid, Literaturas con Libros, 2016) como finalista del Premio Desfase. En 2016 ganó el XIV Concurso de cuento breve organizado por la Asociación cultural "El Coloquio de los perros", de Montilla, España.

Berta Lucía Estrada Estrada
Colombia-Francia

Monólogo en una tarde de lluvia

I Parte

I

Mi padre,
eterno cazador de crepúsculos
eterno cazador de auroras

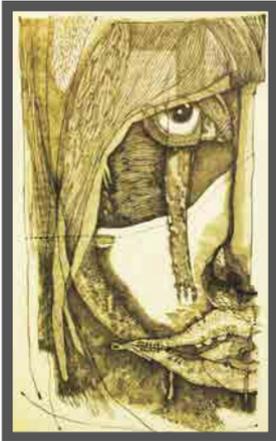
En sus manos nació el arco iris
las tempestades no lo doblegaban

II

Su voz
tenía la suavidad del cincel,
fue esculpida con el ojo de la paciencia
limada con escofina,
cortada con una daga,
con un buril encontrado en las cuevas
del hombre de cromagnon

III

Mi padre,
barquero que bogaba lejos del río Estigia,
huía de Caronte;
en sus bolsillos no habían óbolos
en sus ojos brillaban estrellas fugaces –y de
cuando en cuando se veía saltar a Voltaire–.



IV

Mi padre,
el que se llamaba a sí mismo

El último ciudadano de la República de Platón,
contemplaba los amaneceres
a la sombra tutelar de Pessoa,
reía con un jaque mate
dado a algún adversario invisible;
y en sus oídos atentos
resonaban los acordes
de La Novena Sinfonía de Beethoven

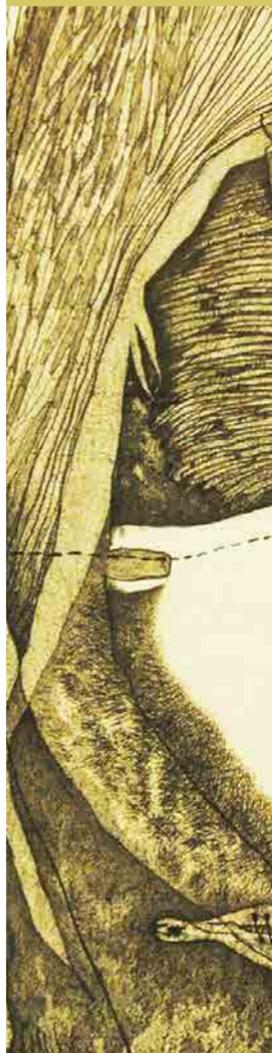
V

Poco antes del último respiro
se transformó en Úrsula Iguarán,
tan seco y diminuto
que podía esconderlo
en los cajones de la cómoda,
en mi bolso,
o simplemente ponerlo a dormir en mi cabellera

VI

Mi padre,
tallado en un legendario tronco de teca,
creció en una larga noche constelada,
viajaba en la cola de un cometa,
e hizo de la luna su espejo

A veces se detenía en la tierra,
entonces, cual duende travieso,
saltaba de montaña en montaña
A la hora del reposo
se acostaba en la línea del horizonte





y desde allí,
como el principito,
asistía a otro atardecer

VII

No conocía fronteras
ni murallas

No había muros
suficientemente altos
para sus saltos
de adolescente sempiterno

VIII

En el aula,
como en el hogar,
ejercía su oficio favorito,
no dejaba preguntas en el aire,
respondía a todo,
con esa sapiencia de hombre antiguo,
de caminante milenario,
con su rostro tallado por la historia,
y por las noches pasadas en blanco
en los anaqueles de su biblioteca



IX

El hombre probó que era mi padre
no conocía la cólera

Las lianas de la paciencia
acunaron su infancia

Por ellas trepó hasta las estrellas,
y cuando debía descender
lo hacía lentamente
con los movimientos
de hombre sabio

Tenía la certeza
que un minuto
alberga la eternidad

X

El hombre al que llamaba Padre,
arrellanado en su biblioteca,
viajaba en la luz,
penetraba en cada uno de sus rayos

No conocía las sombras,
la oscuridad le temía

La ignorancia
pasaba lejos de la esquina
de su casa

El fanatismo
no pudo horadar
refugio alguno

Y la libertad
se sentó a su lado.

XI

Mi padre, el del lento caminar,
—como si lo hiciese en puntillas para no despertar a nadie
—era consciente de que el mundo gira en silencio
—que no perturba—

Mi padre huía de los gritos,
sabía que los mejores amigos
cavilaban detrás de sus libros

Aún lo siguen haciendo
aunque él ya se ha ido

A lo mejor es su fiel amanuense
a lo mejor repite *ad infinitum*
los versos que le dictan.

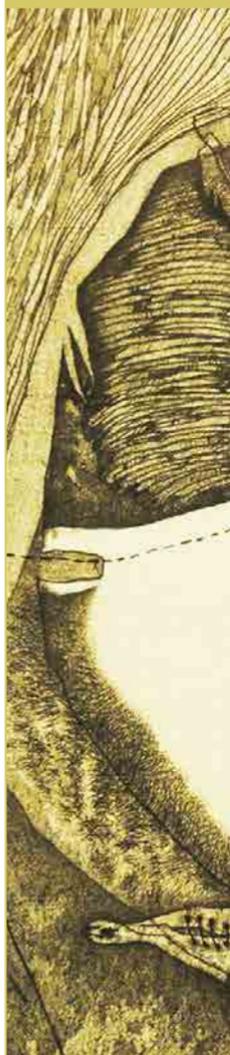
XII

Para mi padre
todos los caminos eran un laberinto

Para no perderse en ellos
seguía las sendas
trazadas en las estanterías
donde atesoraba páginas y páginas
de todos los tiempos
papiros, pergaminos,
códices aztecas o quipus

Tal vez por ello,
como su amado Homero, o como Milton,
los ojos le jugaron una mala pasada

Aprendió a ver con el oído
con el tacto, con el olfato
hasta con el aliento,
para no sucumbir



y seguir entusiasta el recorrido de las hojas,
para poder escuchar la caída de una de ellas
o el lejano ladrido de un perro
en una noche de novilunio

XIII

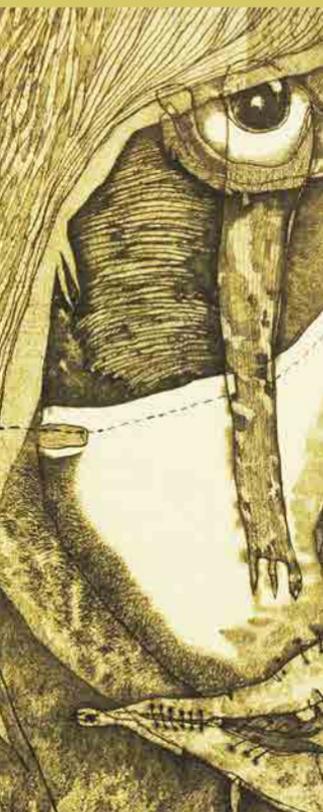
Mi padre no medía el tiempo,
creía en la eternidad
—o la anhelaba—
huía a la hoz
que le seguía los pasos

Él le ponías trampas,
los libros le servían de zancadillas,
la evitaba,
jugaba con ella cuclí-cuclí

Luego se escondía
detrás del aroma de una taza de café,
una forma de ganarle una vez más la partida

En realidad jugaba al gato y al ratón,
él lo sabía,
aún así movía las fichas del ajedrez,
consciente de que el jaque mate le daría
alcance y que no volvería al cuadrado en el que
soñaba
—o creía soñar—

Otras veces era consciente
de que un segundo es la eternidad
y que antes de dar un respiro,
—o pasar una página—
rodaría en el abismo del olvido,
o como Lin Yutang
solo sería una hoja más en la tormenta



II Parte

I

¿Qué somos sino olvido perenne?
¿Gritos ahogados en un silencio sideral carente de eco?

II

En las tardes de lluvia
la conversación se vestía de arco iris,
sus colores viajaban de palma en palma

Era la hora
en la que mi padre
buceaba en las profundidades
de un poema azul

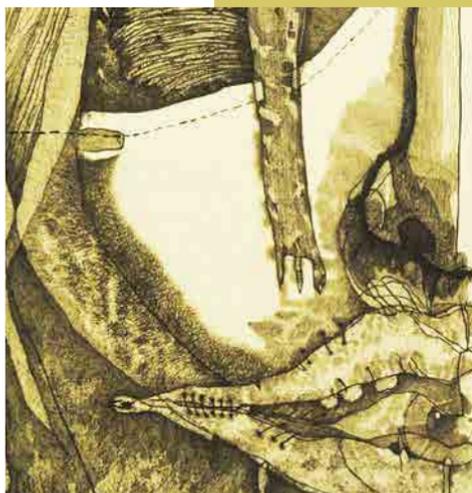
III

Escucho risas
niños se cruzan en mi camino
gritan: ¡papá!

Yo miro para todos los lados
busco el mío

No está,
se ha ido detrás de la hora
que marcan las tinieblas
Me miro

Me falta un ojo
me falta un brazo
me falta una pierna
Estoy escindida
Emprendo su búsqueda



IV

Como eterna errante
exploro nuevas sendas

Descubro
que todas conducen a mi padre

V

Su presencia
habita
en mi memoria

Su sombra,
lienzo que dará cobijo
a mis despojos

VI

Subo y bajo montañas
atravieso lagos, mares, océanos
me interno en ellos

Voy tras las ballenas
con las que mi padre
juega ajedrez
a la hora del crepúsculo

VII

Envuelta en el quitón de Eurídice
descendí al Hades
en busca de mi padre

Recorrí sus laberintos de sombras
cada una de ellas lo ocultaba
debajo de su croquis





En un grito,
—gestado en la noche de los tiempos—
sin voz y sin ruido,
me escuché a mí misma diciendo
—Padre, te busco...

No hubo respuesta

Trato de recordar el sonido de su voz

ilusa!

Entablo un diálogo
con las sombras mudas
—resbalo en un monólogo sordo—

VIII

Indago al silencio
hurgo en los misterios
que lo habitan

No hay respuestas a los enigmas que lo pueblan

Disfrazada de guerrera
me enfrento a sus desafíos
al vacío

Sé que he perdido la guerra
sin haber tenido ni una sola victoria

La brújula que guiaba mis pasos
quedó extraviada para siempre





IX

El desamparo,
grillete que me ata los tobillos

X

Con la punta de mi roída lanza
descubro un silencio horadado,
Armo y desarmo las habitaciones
donde se oculta

El silencio,
enorme tortuga con su casa auestas

Serpiente que se muerde la cola
Veneno dispuesto a inocular su veneno
Me rindo

Poseo una sola certeza:
El silencio secuestró la voz amada de mi padre



XI

Desde entonces,
como si fuese la punta de un lápiz,
le saco herrumbre al tiempo

Lo deshojo

Le arranco sus pétalos
difumino su polen

Sigo su huella,
guía que me conduce
al túmulo donde él reposa para siempre



Berta Lucía Estrada Estrada. Colombia-Francia

Hizo estudios de Literatura en la Pontificia Universidad Javeriana, una maestría y un diplomado de Estudios Profundos en Literatura, en la Universidad de la Sorbona (París, Francia), una especialización en Docencia Universitaria en la Universidad de Caldas, un diplomado en Historia y Crítica del arte del siglo XX y un diplomado en Cultura Latinoamericana.

Ha publicado nueve libros, entre ellos *La ruta del espejo*, poesía, Editions du Cygne (Francia, 2012), en edición bilingüe; *Náufraga perpetua*, ensayo poético sobre la vida y obra de Virginia Woolf, Ediciones Embalaje-Museo Rayo, 2012; *¡Cuidado! Escritoras a la vista...*, ensayo literario sobre la mal llamada literatura de género, y el ensayo *De ninfas, hadas, gnomos y otros seres fantásticos* (Pijao Ediciones y Caza de Libros, 2016). Este último será presentado en la Feria del Libro de Madrid 2017, por el Grupo editorial Sial Pigmalión, en su nueva colección Pijao.

Ha sido docente universitaria en las áreas de lengua francesa, literatura hispa-

noamericana y francófona en la Universidad de Caldas; conferencista internacional y profesora invitada en universidades de Brasil y Panamá.

Ha dado recitales de poesía en Colombia, Brasil, Francia, Panamá, Polonia, Canadá y Alemania. Integra la Asociación Canadiense de Hispanistas y el Registro Creativo, este último fundado por la poeta argentino-canadiense Nela Río.

Primer Premio Nacional de Poesía 2011 Meira del Mar, en el Encuentro de Mujeres Poetas de Antioquia, con el libro *Endechas del último funámbulo*, basado en la vida y obra de Malcolm Lowry.

Premio especial, fuera de concurso, Ediciones Embalaje del Museo Rayo-2010, con el ensayo poético *Náufraga perpetua*.

Segundo puesto en el Concurso Nacional de Poesía Carlos Héctor Trejos Reyes-2011.

Cuarto lugar en el XXVII Concurso Nacional de Poesía Ediciones Embalaje-Museo Rayo, 2011.

Fabio Alfonso Romero Morera
Colombia



El primer reloj

El primer reloj

Me hundo en el sofá y lo atravieso
atravieso las baldosas, la grava, la tierra
los gusanos y la masa que lo cubre todo
Me hundo en cada capa,
manto
fuego
lava
y magma
Me hundo hasta el núcleo mismo de la Tierra
y encuentro el primer reloj,
el motor del caos, el desespero, la angustia
que alcanza la raíz del árbol más viejo y que se evapora por sus
hojas
que escapa a gritos por los volcanes y la lágrima de una puta
Ahí está,
tan ajeno a nosotros,
el principio y el fin de todas las cosas



Ausencias

Escucho tantas voces que resuenan
como eco en un abismo sin descubrir,
resuenan en ese cántaro viejo y vacío que soy ahora,
son el tic tac de ese reloj que ya gastó su porvenir
Esas voces me reclaman
en el azar de una hora imprecisa,
en el camino de las caricias incorrectas,
en la noche que esperaba cuando aún era de día
Esas voces se amontonan,
golpean a mi puerta y gritan desde afuera
Se resisten a aceptar
que son pasado y son ausencia

Un clavel

Alguien arrojó un clavel a una tumba
y encima cayeron veinte más,
uno tras otro,
y luego los cubrió la tierra
El tiempo y los gusanos consumieron los claveles,
la madera y el cuerpo
El tiempo y el dorso de una mano
secaron las lágrimas
Hoy no existen
ni el primer clavel, ni el que lo arrojó,
ni la madera, ni las lágrimas
ni la tristeza, ni el tiempo
Todos,
consumidos y transmutados,
están en la tierra, el aire y la lluvia





Es tan simple el infierno

Nuestra fortuna es el tiempo que se acaba,
las ilusiones asaltadas por la realidad,
las cinco de la tarde en el reloj de un oficinista,
el matrimonio con su muerte,
enero y diciembre
El infierno no está hecho de tridentes ni fuego
El infierno es cosa simple:
basta con tener al frente
un reloj hecho de arena infinita

Recuerdos

En una esquina oscura y desconocida
me espera un recuerdo,
un asaltante con una silueta al azar:
el olor del césped recién cortado,
los colores vivos el día de un accidente,
el grito desesperado de un niño,
la caricia inolvidable de una mujer que ahora no extraño
Cuando aparezcan no sabré
cuánto hay de ficción
y cuánto hay de certeza
¿Qué intenciones tiene ese asaltante
que distorsiona esa realidad lejana?

Antídoto contra el tiempo

Cuando el hombre por fin encuentre
el antídoto contra el tiempo
y la vida no se evapore del cuerpo,
la muerte será un mito,
una palabra que nadie busca en el diccionario,
un anhelo inconsciente
No habrá que esperarla,
sino salir a su encuentro
No sé qué escogerá el hombre: vida eterna o muerte
No sé qué hará cuando tenga un “para siempre” en sus manos

Inevitable

Aunque toda la historia no haya sido escrita de antemano,
hay ciertas cosas que son inevitables:
El arrepentimiento del suicida
El próximo segundo en el reloj del universo
La melancolía de un dios que no conocemos
Este adiós, por ejemplo





Lo olvidado

Recuerdo las cosas de tal manera,
que si pasara dos veces por el mismo camino y el mismo tiempo,
lo negaría todo

Diría que ocurrieron de otra forma,
que es mentira

la realidad que me presentan

Lo olvidado me es desconocido,
se oculta en una calle angosta e impenetrable

Guarda un secreto, un grito, un olor nauseabundo

una herida vendada con el ruido de la televisión

Es una pista dejada en los símbolos de un sueño

o en una palabra imprudente que se escapa por las rejas de mi
voz

Lo olvidado es una caja de Pandora
y quiero abrirla

Al otro lado del tiempo

Quisiera estar al otro lado del tiempo

esa orilla sin angustia,

ni la esperanza de un condenado a muerte

donde me espera un rostro nuevo



Pero también sé
que esa orilla es una réplica,
un sueño ya soñado,
una calle mil veces recorrida
un verso que parece nuevo, pero que en realidad estaba olvidado

Cuando descubra todas estas cosas,
y la angustia y la condena se repitan,
desearé estar de regreso
a esta misma orilla
desde donde escribo



Fabio Alfonso Romero Morera. Colombia

Es administrador de empresas de la Universidad Nacional de Colombia. Escribe cuentos, poemas y artículos para diferentes medios digitales. Ha sido finalista del Primer Concurso de Historias de Viaje del Club de Escritura Fuentetaja. Su colección

de cuentos *Ausencias* y el poemario *Histerias en común*, ya se encuentran dentro de las más populares de la red social del Grupo Editorial Penguin Random House. Su trabajo y publicaciones pueden leerse en www.elgraffo.co.

Antonio Rogelio Borrego Aguilera
Cuba



Vastedades

*...y al que le haga falta mi vida
que pase por casa a recogerla,
o mejor me encuentra en el trabajo,
pensando en ello, siempre la llevo conmigo.*

Rafael Alcides

Inclusión

En lo sucesivo inclúyame entre los que sangran al respirar
y ven nubes de polvo arremeter contra sus ojos,
inclúyame entre los desarropados
que vendieron su casa para comprarse un país.
Póngame en la lista de los que escribirán
hasta el cansancio. Téngame entre los que insisten
en echar al viento el nombre de la mujer que aman
y así volver con ella por las grandes alamedas.

Converso a solas con la dicha
que es a la postre, un artilugio de la memoria,
la esencia donde reclinar la frente

y conveniar con el pasado una alianza
entre el error y la existencia, entre la rabia y las uñas.

Devuélvame lo que me fue arrancado
o seguiré gritando en versos,
aquella parte que les falta a los demás,
donde me incluyo.

Todo es blanco

Por aquí anda una rencilla vieja,
me derribó de un golpe,
me puso a pensar como un esquimal.
Y qué decir de este nudo que me cubre el cuello
y lentamente me va dejando sin respiración.
Por aquí todo es blanco,
un polvillo de nieve se apropia de mis pertenencias.
Debe ser que hace frío
y tu figura se alza sobre las luminarias.

Qué lento llega el aire,
qué raro aúlla el corazón,
qué playa de llorar nos raja el cuerpo,
qué pérdida,
qué asombro justifica tanta soledad.

Hoy me dormí cansado y desperté sin párpados
y estoy contando los momentos
en que llegó la felicidad
y nos mojó la cama
y acomodó el diván
y luego se marchó
sin proponerme un pacto.





Poderío

I

Provisiones existen para un año
si este ciclón intenta su abordaje.
Los vientos iniciaron un chantaje
contra mi casa. Qué poder amaño.

He reservado para tiempos crueles
una alacena de gloriosos vinos.
Un pan inmenso para los caminos
interminables, una antorcha, pieles. . .

Resistiremos los embates mudos
de tormentosos aguaceros crudos
que dejan el paisaje como vago.

No sé quién desató este vendaval.
En trance lívido y sentimental
mi casa ya no existe, es solo un lago.

II

Es solo un lago en la memoria espuria
que me sofoca la mirada y huye.
Un lago que a la postre se atribuye
el ser tirano sin piedad, penuria.

En letanías la memoria trama
algún culpable, pero no lo encuentro.
La casa que antes fuera mi epicentro
borrada ha sido, y su armazón aclama.

Hoy pude ver al viento más de cerca
y lo miré con la mirada terca
de aquel que pierde todo de un zarpazo.

Yo pude maldecirlo tantas veces
que olvidé sus infamias y reveses
y hoy dibujo otra casa trazo a trazo.



Paralelo

¿Quién será el náufrago, el pelícano o yo...?
Me sujeto de la lejanía como si fuera un muro inmenso.
Otros pelícanos revuelven el viento,
se lanzan y no encuentran más que salitre,
botellas plásticas que flotan en la olas y en mis ojos...

Echando sobre el mar mis únicos recaudos
algún pelícano deviene en compañía.
Temeroso del oleaje no encuentra un sitio sobre el agua
y gira nuevamente y grita sin acordes
por dentro de mi sangre.

Insistencia

Soñar, soñar, soñar, venirse a menos
cuando sobre los ojos cae la luz
y detenerse sobre la cima del día,
aterrado, dependiente de un milagro.

He buscado entre papeles viejos
las canciones que parodiaban nuestro amor
o aquel modo de entregarnos a través de gestos.
Yo tenía un farol y lo encendías al mirarme
y luego los gallos lo apagaban.

Fuimos la parte más genuina
que estos años pegaron a la pared
y ahora diviso esta orfandad que aturde
y ahora destino los guanos del recuerdo
a cobijar la parte que me falta,
como si fuera yo una techumbre antigua.



Por dónde vas, mujer que desnudé.
Mis ojos no alcanzan a tocarte y mi refugio es el silencio
y cada noche bajas hasta la oscuridad
para horadarme el sueño.

Recortes, recuerdos

Estoy armando una bandera con pedazos de recuerdos.
Mi mujer recorta las fotos de mis hijas,
después me llega una porción del patio,
una sala pequeña pintada por el ruido
y hasta el portal soleado tiene un sitio en los recortes.

Es una bandera ecléctica, pero armoniosa.
Entre colores ocres mi mujer y yo bordamos
las estrellas diurnas, la risa necesaria
y con el blanco etiquetamos los contornos,
las miradas esquivas
de los que nunca han tenido una bandera familiar.

Ya estoy a punto de arriarla,
el asta apunta al cielo y la bandera ondea
como si fuera un hogar en el recuerdo.





Glosa I

*Ada Isabel Machín**

Nos queda la puerta rota
y el patio olvidado y yerto.
Hay un fantasma en el huerto
que en su ruina se denota.
Esta casa fue devota
de ese olor que está prendido
a las paredes, y el ruido
de aquella alegría lejana
nos dice que en la ventana
hay un invierno encendido.*

Aunque el recuerdo prohíba
esta lágrima ilusoria,
le damos vuelta a la noria
hasta quedar bocarriba.
En lo oscuro algo se aviva,
quizá pájaro, alborada.
El todo se vuelve nada
y la vieja oscuridad
enciende su soledad
sobre la lumbre apagada.*

Alguien derribó el portal
y se fue como quien huye.
El tiempo todo lo engulle:
el canto, la fe, la sal. . .
Donde tierra, lodazal,
donde alegría, punzada,
donde yo tuve una almohada

existe una mancha gruesa
y donde estuvo la mesa
hay una ausencia sentada.*

Pero dispongo el recuerdo
de tal modo que el ayer
pasa de momento a ser
realidad de la que muerdo
un trozo de pan y pierdo
la hebra que había tendido.
Siento que algo se ha perdido,
el sueño lo arrasa todo
y un hambre ausente acomodo
ante el ayuno servido.*



Antonio Rogelio Borrego Aguilera. Cuba

Poeta, narrador y editor, licenciado en Dirección de Cine, Radio y Televisión por la Facultad del Instituto Superior de Arte, La Habana). Entre sus libros publicados se encuentran: *Doy gracias a Dios de ser ateo* (poesía), 1991, primera edición; *Terrenal* (décimas), 1993; *Diapositivas* (poesía), 1996; *Juegos lunares* (poesía para niños), 1998; *Juanillo* (cuentos para niños), 2004; *Ovejas y demonios* (poesía), 2007, todos por la Editorial Sanlope. El último fue reimpreso por Letras Cubanas, 2008. *Los días de Dios* (poesía), 2010 y *Doy gracias a Dios de ser ateo* (poesía), 2012, segunda edición, Editorial Sanlope. Aparece en las antologías: *Poetas del seminario, Ebría del sol y trino, Poetas de la Isla, Poderosos pianos amarillos, Poesía Cubana Hoy*, (Madrid), entre otras. Es miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac) desde 1992. Premios obtenidos: beca de narrativa "Gilberto E Rodríguez" 2003. Poesía y cuento "Principito", 2003

(literatura infantil); Ala Décima 2005. Premio iberoamericano "Cucalambé" 2005 (tercer premio). Literatura infantil (poesía) "Principito", 2007. Premio nacional de reseña "Quehacer", 2008. Proyecto editorial "La Puerta de Papel". Letras Cubanas-Sanlope 2008. Premio nacional de reseñas "Quehacer", 2009. Premio nacional de décima y tradición, 2008. Premio iberoamericano "Cucalambé", 2009 (tercer premio). Premio nacional de poesía "Regino Botti", 1990 y 1997. Premio de talleres literarios nacionales 1990. Premio nacional de poesía "La Arboleda Perdida", 1996. Premio de décima "Tandil", Argentina, 1997 y 1999. Premio nacional de poesía erótica "Farralque", 1999 y 2001. Premio nacional "Regino Pedroso", de la Uneac, 2000. Beca de poesía "Lince", Perú 2000-2005. Tercer premio de poesía "El mundo lleva alas", Estados Unidos, 2016. Segundo premio "Ala Décima", 2017. Premio "Ala Décima" en tema comunitario, 2017.



Poemas

Sendas

No es tanto el mundo como parece.
Tiene más sustancia una ausencia
con todo lo que atestigua en su permanencia
y sus múltiples dobleces.
Buena fuera la verdad del lodo y su sencillez,
ese modo de acoger a todo,
vaciar y soltarse en experiencia aglutinada;
ser del agua y de la roca
por actuar como superficie y por desleírse en el viento;
no toparse con lenguajes
y tanto pensamiento que se desfonda,
nichos de codicia con naderías de palabras,
esmeros vanos como de pornografía de la inteligencia
que lee en la oquedad
huellas sin comienzo.



Simulacro

Las multitudes en mi memoria simulan acontecimientos
porque no todos mis recuerdos son reales.
Hay unas siluetas con más solidez que mis manos,
palidez de lluvia en la sombra.
No hay estancias donde usar mi piel,
sino una atmósfera y un vórtice que son toda tu forma
y contigüidad de una huida.
No soy el límite de mi mundo
por tus fronteras que lo curvan fuera de lo abarcable.
En vano tiento un laberinto sin bordes.
No se hacen fisuras a un espejismo
ni se cierra con los ojos
el paso agrietado y laborioso de unas sombras ajetreadas.

Sailing away

El corazón navega con espurias cartografías.
La voluntad no timonea en cada mar de esos rumbos.
Inventar trayectorias es una faceta de andar remando.
La lejanía ignota promete ínsulas, tesoros y prodigios.
Son apenas un esbozo, pero deseamos que aguarden despojos.
Latitudes irreales se despliegan por el horizonte en retirada.
Ubicar la nave en ensenadas no salvará de naufragios.
Adivino siluetas de montes detrás de una tempestad.
Sin una sola ancla para la verdad, vetea su ímpetu la incertidumbre.



Sustitución

Los trazos de mi consciencia pierden minuciosidad y esperanza
en esta vigilia paralela a un legado de orfandades.

La penumbra es urdimbre
y los pormenores de tu rastro no retroceden.

Nada de la claridad que procede de ahí se diluye
en mi distancia menesterosa.

No hay desdibujo de su tesitura en la algazara que se extiende
—pena en ristre, llama sin linde—
detrás de esta multitud de mundos.

En laberintos por mi sangre, tu mapa, resplandeces
y se desploma una luz que nada ciñe.

Mis palabras son ondas que pululan por tu piel
como ni lo sueñan estos ojos, este tacto, estas horas.

El corazón testifica
en una misma habitación adherida a la piel
ante un desamparo vertiginoso que no calla.

Quien lo probó lo sabe

Se divisa una cumbre imaginada.

La visión de quienes partían a conquistas
y una ola de carne y sangre
se hacen pátina indeleble

para toda la superficie de esta porción del mundo
estragada hasta el fondo por una ficción.

Los contornos de las entrañas se arremolinan
persuadidos por las siluetas de un delirio.

Es la adhesión intransigente a unos signos que hollan:



una mirada con sustancia
que no ha visto cómo la aprisionan sin mengua
y forma incendios y diluvios en la boca.
Es nada en el aire,
pero es la enormidad sin matices de la asfixia
para un estupor ausente de sí.
Un solo momento pertinaz es todo,
segundos que se desplazan como noches deshilvanadas.
Crispación para un permanecer mendigo.
Haber dejado de estar no le desvanece,
menos aun si nada le sustituye
y cada seña es precipicio.

Bereshit

Un secreto presentido urdido en estas errancias
—esbozos inmersos en la tierra—
es haber surgido caminantes del surco de un pensamiento.
Si fue de arcilla o maíz suena menos sideral,
aunque eso sea esta experiencia:
cuna firme o deslizante; amasijo antes, luego roca;
accidente que se muele a tientas
tras el cedazo del fuego
para esculpir en lo oculto simiente, comida y savia.
Soy horizonte y alba en medio de este desastre
desde mi tropiezo en los pliegues de haber nacido.
Brevedad que se deshoja, soy también órbita en el suelo.
Permaneceré en rebaño e insalvablemente solo
hasta la salida en roces de bacterias
entre hierbas que seguirán siendo voz de la idea
en el principio.



En el funeral

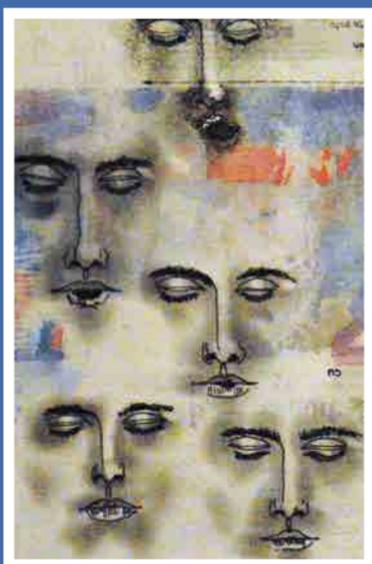
La quietud es una ceremonia para hablar sin palabras.
Se hace un silencio que no hay en la naturaleza.
Es como la futilidad de llamar alegría
al gruñido de los pájaros
o a la refracción lumínica de colores en el agua.
Luego se habla.
Un consuelo más o menos como esconder el corazón
o formar habitaciones en la arquitectura de una llama.
Preguntar por lo que resta ya sin sangre ni palabras.
Pasan las nubes como siempre
porque el mundo no se enoja
ni se percata de la vida como digresión de lo posible.

Alfonso León Daza Vargas. Colombia

Licenciado en Filología e Idiomas por la Universidad Libre. Especialista en Lingüística Aplicada a la Enseñanza del Inglés, por la Universidad La Gran Colombia. Especialista en Currículo y Pedagogía por la Universidad de los Andes. Especialización en Didácticas para Lecturas y Escrituras con énfasis en literatura por la Universidad de San Buenaventura Bogotá (en curso).

Formación en música, guitarra clásica y tiple solista. Docente de inglés y español en colegios, universidades e institutos de idiomas

Primer premio por poesía en inglés en el concurso literario "Palabras Autónomas", de la Universidad Autónoma de Occidente en 2008. Ganador en el Concurso Nacional de Poemas, 2009 de la Casa de Poesía Silva.





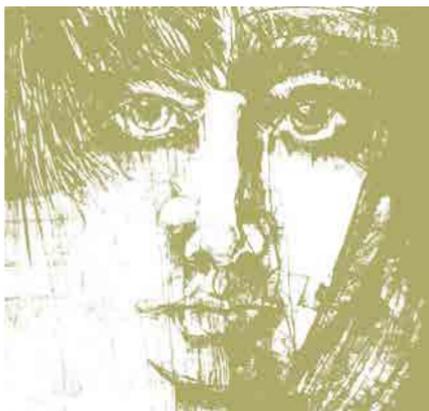
Cuento



Cuento
Primer premio

Omer Quiaragua

Venezuela



Silvia

Nosotros supimos que Silvia moriría pronto. El médico dijo que solo le quedaba un mes de vida. Entonces comenzamos a brindarle con más fuerza que nunca su ración de amor, a pesar de la tristeza, de tanta tristeza que nos invadía. Silvia tenía siete años y unos hermosos ojos negros. A ella le gustaban los juegos de acertijos e inventar verdades. A Silvia le gustaba jugar a las mentiras.

Comenzamos por regalarle muñecas muy bonitas, y juegos de cocina con su cafetera y su salero y su sartén y sus hornillas. Mi mamá se esmeraba para que en la merienda no le faltaran sus dulces preferidos. Mi tío le regaló un reloj con horas de colores. Le llevamos el cuarto con regalos. Los sábados la llevábamos al parque mecánico, le gustaba el viaje a la luna y la bailarina y comía cotufas y algodón de azúcar hasta el cansancio. Los domingos íbamos al

bulevar para que montara la bicicleta que le regaló papá. Por las tardes invitábamos a sus amiguitos a ver la televisión y comer torta de chocolate con jugo de frutas. Silvia tenía siete años y el pelo negro y liso. Todos vivimos la risa oportuna y la alegría para que nada le faltara. Le compramos álbumes de barajitas para coleccionar. Esther le regaló un oso de peluche que ella no soltaba para nada. Decoramos su cuarto con espejos y pusimos afiches de sus artistas favoritos. No sabíamos si ella entendía tanto amor y tanto agasajo, pero lo disfrutaba mucho. Ella lo merecía. Silvia tenía siete años y le gustaban los vestidos floreados. Algún domingo, mientras andaba en bicicleta, le tomamos fotos. Silvia y Andrea con sus bicicletas cerca de la fuente. Silvia, Esther y mi mamá, comiendo helados y sonriendo. Silvia veloz, midiendo el tiempo con su reloj de colores.

Claro que pensamos en cómo decírselo a Silvia para que lo entendiera. Por las noches, cuando ella dormía, nos mirábamos con profunda tristeza; y en susurros, para no despertarla, comenzamos a deducir la mejor manera de decírselo. Así nos sentiríamos mejor, y nos pesaría menos la tristeza de lo inevitable que nos invadía.

Fue en una de esas noches de insomnio silencioso que a Esther y a Luis se les ocurrió hacer un juego con Silvia. Como a ella le gustaba jugar a las mentiras, sería un juego muy divertido y una forma menos dolorosa de decírselo.

Por la mañana la rodeamos y después de cantarle una canción, se lo dijimos. Al comienzo no lo entendió muy bien; preguntó mucho. Esther fue la encargada de explicárselo: “Muy fácil, Silvia. Un día de estos va a sonar el teléfono y llamará la muerte, ¿entiendes?, y tú contestarás y te morirás... ¿No es divertido?”. Nos costó para que entrara en el juego, pero después de varios ensayos frente al teléfono, quedó convencida de que aquello era solo un juego. Esa tarde, Luis llamó desde el teléfono de la esquina y ella contestó. Cuando escuchó la voz gruesa que puso Luis para decirle “Silvia, es





la muerte”, cayó al suelo y nosotros nos asustamos, pero inmediatamente se levantó riendo a carcajadas y así estuvo el resto del día cada vez que se acordaba de la llamada.

Nosotros nos sentíamos más tristes, demasiado tristes, porque ya le quedaban pocos días de vida a Silvia y como en esos días no sentíamos ganas de seguir el juego, nadie llamaba. Entonces Silvia se burlaba de nosotros: “¿Vieron..? Hoy no me llamó la muerte. ¿Vieron? Hoy no me morí”. Y se reía y estremecía la casa con su risa. Nosotros reíamos dolorosamente, porque ya no teníamos ganas de juego. Silvia sí. Ella tenía siete años y le gustaba jugar a las mentiras.

El sábado enterramos a Silvia. El viernes se levantó muy temprano con ganas de jugar, no quiso que mamá la peinara. Se peinó ella misma y se puso uno de sus hermosos vestidos floreados. No quiso comer. Se sentó frente al teléfono a esperar la llamada. Porque Silvia cuando aprende un juego nuevo, quiere jugarlo hasta el cansancio cada vez que está aburrida. Nos dimos ánimo tratando de aceptar su juego. Allí estuvo toda la mañana, y, claro, nadie iba a llamar porque ya no queríamos seguir el juego. Silvia sí. Al mediodía mi mamá le preparó unos panecillos dulces que ella no pudo resistir, luego siguió allí, sentada frente al teléfono.

Ninguno de los que sabíamos el juego llamó. A esa hora todos estábamos en casa. Pero a las dos de la tarde en punto sonó el teléfono y ella acudió alegre a contestar, levantó la bocina y dijo “aló”. Luego se sentó otra vez en el sillón y comenzó a reírse, y se fue quedando dormida para siempre.

Ahora, en estos días, a la misma hora, el teléfono ha sonado insistente, pero nadie quiere contestar. Podría ser Silvia que está triste, aburrida, y quiere continuar el juego, pero ya nosotros no queremos jugar.

Las tijeras

Ella se mira en el espejo y queda suspendida en su reflejo, desde esa parte de la pared donde ahora todas las cosas del cuarto están desordenadas. Porque el espejo desordena las cosas, y quedan unas sobre otras, cambiadas las cosas.

Ella no puede señalar ningún objeto con el simple movimiento de su dedo índice, que se adelanta y se encuentra con otro dedo índice similar que la señala a ella. Ella esperó el mejor momento para sentarse frente al reflejo de una mujer igual a ella. Ella esperó los mejores días para ubicarse frente a esta porción de cortina acristalada, en la que ahora mira todas las cosas desordenadas. Ella se agita en el momento en que un golpe de brisa le hace descubrir su rostro como retazos desordenados en el espejo.

Ahora divaga. Mira su ojo derecho en el lado izquierdo de alguien que mira frente a ella. Reconoce sus manos, y sabe que tiene a su derecha la izquierda, y su mano izquierda justamente en la derecha del espejo. Se palpa lentamente los ojos. El derecho (izquierdo), y el izquierdo (derecho), con su mano derecha (izquierda) y su mano izquierda (derecha). Ella sabe que el espejo desordena las cosas, y ella se ubica frente al espejo esta mañana.

A lo lejos cree oír su nombre, un portazo, el ladrido de un perro escondido entre sus piernas, las voces ininteligibles de una conversación telefónica.

El movimiento de una pestaña es un ruido, pero de esta mañana, y cuando se sentó frente al espejo ya no recuerda nada. No recuerda por qué se ubicó frente a la frialdad del vitral, donde la mañana se mancha de ruidosas pestañas, y de ojos que miran en desorden y manos sin ubicación precisa. Ella ya no recuerda que tuvo el impulso en el sueño de la noche anterior, cuando soñó

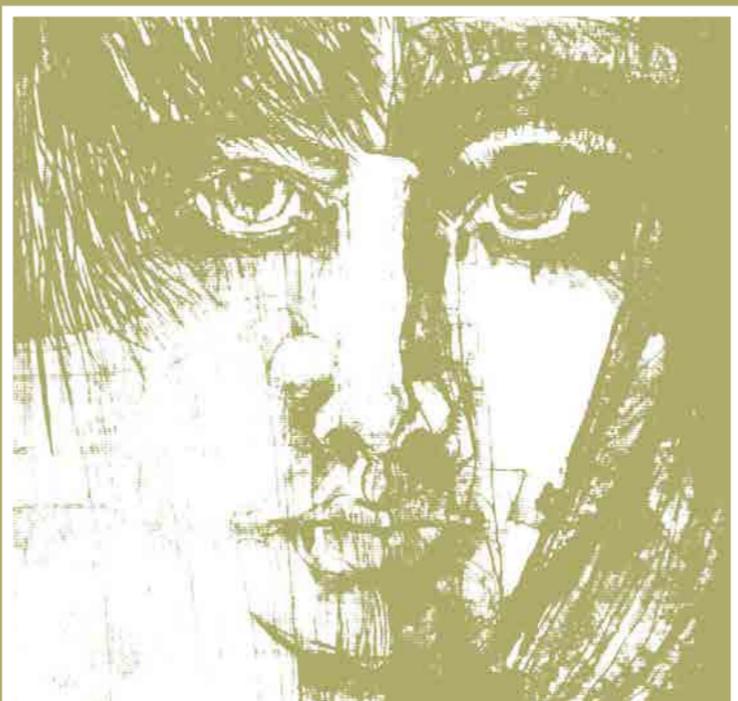


que llegaba retrasada a todas partes porque no podía ordenar sus cejas, sus pestañas, sus ojos, su pelo, sus manos. Pero no solo llegaba retrasada, a veces no llegaba: su pelo le ocultaba el camino y siempre iba a dar a otros lugares. Salía para el oeste y llegaba al sur, y a veces se quedaba dando vueltas en un solo lugar formando círculos concéntricos.

En el sueño, el ojo derecho lo tenía colocado justamente donde iba colocado el izquierdo. Las cejas, intercambiadas, parecían manchas disparejas en sus mejillas. Sus orejas, pomposamente colocadas en la frente, jamás le dejaban escuchar las conversaciones a su lado. En el sueño, su mayor tragedia era estornudar. Lo hizo justo en una parada de autobús llena de gente, y todas sus partes fueron a dar a lugares diversos: el pelo se enredó en lo alto de un poste de alumbrado eléctrico, la nariz cayó en un pipote de basura, un ojo fue a dar al bolsillo de un anciano. Por fortuna alguien le regresó las orejas, que habían caído cerca, solo así pudo emprender la búsqueda de su otro ojo, que había rodado por una alcantarilla hasta la vía de aguas negras. Todo esto lo hizo guiada por indicaciones de la gente, porque el anciano ya había tomado el autobús sin percatarse de que llevaba un ojo en el bolsillo. La noche la sorprendió en un suburbio ordenando sus cosas para emprender el regreso a casa.

Ella ya no recuerda esta mañana, pero en el sueño jamás pudo tener ordenado su rostro, en el sueño ella jamás pudo llegar a tiempo a ninguna parte. Por eso ahora no recuerda por qué está allí, observándose detenidamente, con un gesto de indagación ridícula.

Como no recuerda no se da cuenta de que su mano derecha (izquierda), abre la gaveta y toma una tijera que brilla acerada, y en un ademán de experta peluquera echa abajo todo su pelo de un tijerazo. Con astucia felina asesta un tijerazo a su oreja izquierda (derecha), luego a su oreja derecha (izquierda). Un movimiento



rápido y el acero se apodera de su nariz. Un pedazo de pituitaria queda pegado del acero brillante. Otro tijerazo levanta la piel y caen las cejas, luego las pestañas. Entonces abre la tijera, y con un golpe medido, exacto, se clava una punta en cada ojo.

Ella ya no recuerda por qué está allí, frente al espejo. Por eso no siente que un tijerazo acaba con sus uñas, con sus manos, que siguen esgrimiendo la tijera. Ella no sabe qué hace allí, frente al espejo que desordena las cosas, pero ahora sabe que nunca más volverá a llegar retrasada a ninguna parte. Sus labios satisfechos esbozan una sonrisa, mientras se acerca la tijera.



Omer Quiaragua. Venezuela

Licenciado en Letras de la Universidad Central de Venezuela. Estudió dramaturgia y guion cinematográfico en la Escuela Internacional de Cine y TV de La Habana, Cuba. Estudios de creación literaria (narrativa) con Oswaldo Trejo (Celarg). Egresado del Primer Taller de Formación Teatral del Grupo Rajatabla. Dirigió el grupo teatral Alabrada (1976-1996).

Tiene una larga trayectoria como director teatral y escritor de dramáticos para televisión. Editó *El periódico de ayer*, impreso especializado en noticias del pasado. También se ha desempeñado como docente universitario, redactor creativo y asesor del lenguaje. Fue corrector de estilo en noticieros y páginas web y productor creativo. Productor nacional independiente en radio y televisión

Ha publicado *Hola, José Gregorio* (teatro). *La niña y los pájaros* (teatro). *Jonrón con tres en bases* (teatro). *Los días de contar estrellas* (teatro). *Antonio Lazo: el asombro de lo cotidiano*, monografía sobre el artista editada por la Dirección de Cultura de la Gobernación DF, Caracas, 2000. *Escribe una obra para mí* (teatro), y *Tres relatos*, además de artículos de opinión y colaboraciones literarias para periódicos y revistas.

Ha obtenido los siguientes premios y distinciones:

2015. Premio III Biental Nacional de Literatura "Gustavo Pereira", mención dramaturgia con la obra *Las cuatro estaciones*. MinCultura. Estado Nueva Esparta.

2011. Premio Biental Literaria "Félix Armando Núñez" (poesía). Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Maturín, Estado Monagas.

2010. Premio IV Concurso de Productores Nacionales Independientes, por el proyecto de miniserie *La última batalla* (televisión). Ministerio de la Comunicación y la Información, Caracas.

2009. Premio literario "Historias de Barrio Adentro", por la obra *Hola, José Gregorio*. Ministerio de la Cultura, Caracas.

2006. Premio "Caminos del Sur" de literatura infantil, por la obra *La niña y los pájaros*. Ministerio de la Cultura, Caracas.

2006 Premio II Concurso de Productores Nacionales Independientes, por el programa documental *Yo estuve allí* (radio). Ministerio de la Comunicación y la Información, Caracas.

2005. Premio de Dramaturgia de La Universidad de Oriente, por la obra *Jonrón con tres en bases*. Cumaná.

1989. Premio nacional de poesía "José Ramón Laveaux", por el poemario *Ciertos personajes de arena*. Gobernación del estado Bolívar, Ciudad Bolívar.

1987. Premio Iberoamericano de Dramaturgia "Ramón María del Valle Inclán", por la obra *Los moribundos Celcít*. ICIV, Madrid-Caracas.

1984. Premio de dramaturgia para niños de la Asociación Venezolana de Profesionales del Teatro (Aveprote), por la obra *Los días de contar estrellas*. Caracas.

1983. Premio de dramaturgia "El Nuevo Grupo," por *Escribe una obra para mí*. Caracas.

Su obra dramaturgía ha sido reseñada en el libro *Dramaturgia venezolana del siglo XX*, editado por la Unesco y el Instituto Internacional de Teatro (ITI), en 1998; y en *Antología de la dramaturgia infantil venezolana*, editado por Fides, en 2005.

Cuento Segundo premio

Santiago Clément
Argentina



Un sol en el placar

Tenemos un auto azul, una casa vieja y amplia, tres hijos (ya grandes) y un sol en el placar. Pero solo Carmen y yo sabemos del sol en el placar, los chicos no. Lo encontramos hace algunos años volviendo de un viaje de Puerto Madryn, a la altura de Azul, más o menos. Paramos en la ruta, me acerqué a unos arbustos para hacer pis y allí lo vi, medio oculto detrás de unas ramas, brillando, flotando a un metro del suelo. Carmen, hay un sol allí detrás de aquellos arbustos. ¿Qué decís, querido? Un sol, Carmen, un sol. ¿Cómo un sol? Un sol, Carmen; de fuego, brillante; un sol, ¿qué no entendés? No parecía emitir mucho calor así que me animé a tocarlo y, efectivamente, no quemaba. Era como tocar una espuma cálida que producía en la mano un ardor amable. Pensé en que podríamos llevarlo a casa y meterlo en el cuartito del fondo; podría usarlo para secar chacinados; me imaginé también que Carmen estaría feliz de tenerlo para esos días de lluvia en que qué hago ahora con la ropa y esa camisa que necesitás mañana; pensé también en que quedaría bonito para iluminar el jardín una noche de verano cuando vinieran a cenar Eduardo y Ana. ¿Qué es eso? Un sol, Eduardo, lo encontré en la ruta y me lo traje, y lo usé para secar esa bondiola que estás comiendo. Eran todas grandes ideas, así que no lo pensé



mucho más, me cerré la bragueta, busqué una manta en el auto, lo envolví y nos lo trajimos a Buenos Aires. Llegamos a casa muy tarde y lo metí así como estaba en el placar del cuarto que era del nene, de Eduardo, digo; tuve sí la precaución de quitarle la manta que lo envolvía. Y allí quedó nomás. Al otro día me levanté, busqué el diario, me hice un café y cuando me quemé la lengua con el café me acordé del sol; ¡el sol! Fui hasta el cuarto, abrí el placar y allí estaba, emitiendo su luz pálida y tibia, un aire seco saliendo del placar, y algo del aroma a campo. Lo toqué de nuevo, con recelo, y la misma espuma cálida. Intenté tomarlo, pero esta vez no pude; mi mano lo atravesaba ahora sin arrastrarlo, y al atravesarlo sentía esta vez un ardor más intenso. Lo cubrí con la misma manta del día anterior y traté de moverlo tirando de ella, pero por más intentos que hice colgándome de él no pude desacomodarlo ni un centímetro de su punto. Alguna fuerza lo mantenía rígido en su sitio, y allí está aún desde entonces. Al nene no le pedí ayuda para moverlo porque mejor ni decirle. Con lo plomos que se han puesto desde que nos acercamos a los setenta van a empezar a decir que cuidado, papá, que un día eso les va a prender fuego la casa; cuidado, papá, que mamá está muy frágil y eso quizás tenga radiación y le genere manchas en la piel o vaya a saber qué otra cosa peor. Así que allí quedó el sol escondido en el placar. Los chacinados los hice igual, y algunos días de lluvia Carmen secó allí algunas medias y calzones. Durante un tiempo hice algunos intentos más de moverlo, pero ya hace unos tres o cuatro años que no vuelvo a intentarlo, y ni siquiera me animo ya a tocarlo. Resulta que cuando en la noche me desvelo, me acerco allí, abro la puerta del placar y me siento en la cama que era del nene a mirar mi sol brillando. Una noche me pareció que algo muy pequeño sombreaba un punto en el sol. Al ponerme los anteojos y acercarme un poco más noté que era



una diminuta bolita que giraba lentamente en órbita al sol. Aún no salía de mi asombro cuando vi otra, más pequeña (casi invisible a simple vista) que giraba más próxima y más veloz, y luego otra, más lejana al sol, que parecía estática (pero se mueve, demora dos semanas en darle la vuelta a la esfera). Fue entonces que decidí no tocar más el sol ni tampoco nada del interior del placar, no fuera que afectase el deslizarse de esos planetas o algo en sus atmósferas generando algún cataclismo que pueda destruir las civilizaciones que probablemente habitan sobre alguna de esas ínfimas pelotitas. Es así que muchas noches nos sentamos allí con Carmen y nos abrazamos mirando al sol, cuidándolo con la mirada como a un bebito recién nacido que duerme; y a ella casi siempre alguna lágrima se le escapa. Me he preguntado si el abrir y cerrar la puerta del placar no podrá también afectar aquel sistema, pero ni Carmen ni yo toleraríamos no ver más el sol, y si dejáramos la puerta siempre abierta los chicos lo descubrirían y sería el fin de nuestro sistema plantario. Cada vez que cerramos el placar le echamos llave a la puerta, no sea que alguna vez al nene se le ocurra querer abrirla, que en ese caso, para atajarlo con Carmen antes de que la abra, ya tenemos preparada la excusa de que lo lamento, hijo, pero ahora hay solamente trastos viejos en ese placar; la ropa vieja que era tuya la llevamos a la iglesia. Y cuando abrimos la puerta en nuestras noches desveladas lo hacemos con una delicadeza astronómica, y nos sentamos en silencio, como dos dioses felices, a admirar a nuestro pequeño universo que flota en el placar.

Santiago Clément. Argentina

Ingeniero Agrónomo. Msc. Viticultura y Enología. Fundador y director de Vinos de Luz, empresa social vitivinícola. Cofundador de Ympacto+. Emprendedor.

Ha recibido reconocimientos por las obras presentadas en concursos literarios

de Argentina, España, Chile, Colombia y Cuba.

Ha publicado en diversas revistas literarias y antologías de cuentos. Ha publicado el libro *Recuerdos de otro*, Editorial Troquel (cuentos fantásticos).



Cuento Tercer premio

Juan Pablo Scroggie Smitmans
Chile

Mi madre amada

La cigarra de una voz chirriando en la paja seca de un día.

Elegía a Carlos de Rokha.

Enrique Lihn

Ayer cumplí veinticinco años. Como regalo de cumpleaños mi padre quiere expulsarme de la casa. Ya estudiaste una profesión, me dice, ahora búscate un empleo y departamento propio. El viejo argumenta una serie de estupideces, como que por fin llegó el momento en que terminó la crianza y ahora, con mi madre, se dedicarán a lo que realmente les gusta. Diga lo que diga ese viejo de mierda no me voy a ir de la casa. Tengo una razón poderosa: estoy enamorado de mi madre. Legítimo amor filial dirían los ingenuos, pero no hay que engañarse. Deseo a mi madre como amante, como un hombre se enamora de una mujer. Hasta los trece años la quise simplemente como un hijo quiere a su madre, pero después empecé a notar cambios en mis sentimientos y en mi cuerpo. A esa edad solía acostarme los fines de semana en la cama matrimonial de mis padres, con la excusa de ver televisión. Me arropaba calentito entre los dos

y sentía las femeninas manos de mi madre acariciarme suavemente el pelo, la cara, el pecho, como se coquetea entre los enamorados. Después ella, en lo que parecía un juego (pero que yo intuía que era mucho más que eso) me daba un fuerte abrazo por la espalda y apretaba su cuerpo contra el mío. En ese momento yo podía sentir sus firmes pechos y turgentes pezones clavados en mi dorso. Así flirteábamos, haciéndonos los dormidos, ella abrazándome con sus extremidades cruzadas delante de mí y yo permanecía erotizado e inmóvil por largo rato. Mi padre, ajeno a esta situación, veía las noticias o una película, sin dimensionar nuestro acto de amor. Viví de esa manera mis primeras erecciones. Ocultaba el bulto de la culpa entre las piernas, para que no ser descubierto. Después, en el aislamiento de mi pieza, aliviaba mis ansias masturbándome. No son estos los únicos actos eróticos que han existido entre los dos. Ella se baña con la puerta abierta, para que yo pueda admirar su cuerpo a través del *showerdoor*. La excusa es porque les tiene miedo a los terremotos pero yo sé que no. Oculto en un clóset del pasillo, me transformo de repente en un fisgón, como un astrónomo que acecha una estrella. Mojados por el agua que escurre de la ducha, observo sus lindos y contorneados glúteos, sus piernas largas estilizadas, su piel perfecta. A veces, para hacer más lascivo nuestro encuentro, se da vuelta para enjabonarse sus lindos pechos y su musguito con forma de triángulo invertido. O cuando vamos a una fiesta familiar, ella me saca a bailar. De hecho yo solo bailo con ella. Dice que es para que no me aburra y todos comentan lo lindo que nos vemos madre e hijo bailando. O cuando fuimos de vacaciones a la playa, el viejo se quedó trabajando y nosotros le agradecemos que no viniera ¡Qué bien que la pasamos los dos! Ambos dormimos en la cama matrimonial de la cabaña. En la secundaria tuve una amiga. Nos llegamos hasta gustar. Iba a ponerse al día en los estudios porque siempre he sido buen alumno y el pro-



fesor me pidió que la ayudara a pasar de curso. En una oportunidad nos dimos un beso en la boca. Mi primer y único beso en la boca hasta ahora. Mi mamá terminó correteándola de la casa dizque por ser mala influencia, que estaba metida en el alcohol y las drogas y no sé qué más. Pero yo creo que estaba simplemente celosa. Solo me quiere para ella. Nunca más llevé a nadie a la casa, mi madre se transformó en mi única mujer, ni siquiera pensar en emparejarme con alguien. Voy a hablar con ella. Acusaré al viejo con que me quiere echar. Le voy a decir, de una vez por todas, que la quiero, que la necesito, que pese a que aún no hemos tenido relaciones sexuales ni expresado abiertamente nuestro amor, yo sé que ella también me quiere. Hacemos una linda pareja. Con discreción, eso sí, porque no soy estúpido. Nuestra relación, además de ser pecado para la iglesia, está penada por la ley. Dios nos perdonará porque nuestro amor es sincero. Por lo demás, que no se preocupe por el dinero. Yo estudié la profesión que, aunque no me gusta, ella me aconsejó que siguiera, y que nos permitirá ganar mucha plata. Yo la voy a mantener de ahora en adelante. Echaremos al viejo. Es él quien ahora sobra en la casa. ¡Viejo de mierda, quiere quitarme a mi mamá!

El mariscador

*Escucha la angustia interminable
de esa angustia que se llama hombre*

Monumento al mar
Vicente Huidobro

Todavía no aparecía el sol subiendo por los Andes, pero ya clareaba amarillo rojizo en el horizonte. La Cruz del Sur se difuminaba



en el firmamento. Los hombres, ansiosos como todos los días, esperaban callados, desnudos, sentados incómodos en la arena de la playa. El mar Pacífico rugía como un león herido en su permanente trajinar. Hacía un frío glacial intenso acentuado por la humedad de la niebla mañanera. El más viejo, que parecía ser el jefe por tener la barba larga y la piel más curtida, abandonó su pasividad contemplativa porque vislumbró el momento preciso. Se levantó en forma lenta de su asiento improvisado, una roca arrojada por algún volcán en erupción, y mandó a los demás a la recolección.

Un hombre, como todos, se puso de pie. Tomó el canastillo tejido de pita. Lo que acopiara ese día iba a ser el sustento para él y su familia. Se metió en el mar, esquivando hábilmente las olas que llegaban hasta su pecho, empezó a recolectar los moluscos que salen a respirar con la bajamar.

Cuando el sol estaba apareciendo y el frío se tornó irresistible, divisó en el piso del mar la almeja más grande, bonita e impresionante de su vida. Tenía el doble del tamaño de una normal, de colores brillantes y atractivos. El canasto estaba lleno, pero la ambición de atrapar al molusco más hermoso y exuberante que se haya visto, era insuperable. Tomó rápidamente la concha con su mano derecha apretando lo que más pudo su preciada gema. Sintió, en forma dolorosa, que tres grandes agujas le perforaron la palma de la mano. Era de esos anzuelos tridentes, acerados, con punta de muerte, lo que los hace imposible de desprender. La lienza atada al anzuelo lo jalaba mar adentro. Intentó zafarse desesperadamente. Soltó el canastillo. Con la mano izquierda, trató inútilmente de desenganchar la derecha. Al otro lado recogían la banda con fuerza y seguridad.

Necesitaba respirar. Cada tanto, un esfuerzo sobrehumano le permitía nadar a la superficie. Al llegar, daba unos pequeños saltitos y volteretas en el aire, tomaba oxígeno, chapoteaba y volvía a hundirse. Sin energía, presintió que llegaba el fin. Tenía ganas de llorar de

impotencia. Sabía que le darían con una piedra en la cabeza, para dejarlo inconsciente. Después lo faenarían y despellejarían para convertirlo en alimento. Exigió una explicación al cielo. ¿Por qué, Dios, por qué... hiciste a los peces a tu imagen y semejanza?



Juan Pablo Scroggie S. Chile

Escritor y Abogado de la Universidad de Chile. Sus relatos exploran situaciones límites y exageradas que llevan al lector a cuestionarse los parámetros de la sociedad. Ha sido ganador de varios premios, entre los cuales destacan: segundo lugar y mención en el certamen literario de La Unión (2015). Primer lugar regional en premios Fucoa, Ministerio de Agricultura (2016). Finalista en los Premios Constanti

en Cataluña, España (2017). Ganador del certamen "Amigos del Mezquín" (2017), Belmonte, Teruel, España. Galardón en el 56 Concurso Internacional de la Palabra 2017, otorgado por el Instituto Cultural Latinoamericano, Argentina. Publicaciones en antologías: *24 cuentos y poemas de La Unión* (2016). *Historias de nuestra tierra* (2017), Ministerio de Agricultura de Chile y premios Constanti, España (2017).

Alejandro Martínez Murcia
Colombia



Wang (o Zhú o Lang)

Me pregunto por los chinos al otro lado del mundo. Por uno en especial, estereotipado y que llevo en mi cabeza. Vive encerrado en una bodega, bajo una luz fluorescente y parpadeante. Viste una camisa amarillenta de seda con defectos de fabricación. Cose los bolsillos de un pantalón Kenzo, pone los lentes de unas gafas Kenneth Cole, apuntala las correas de un bolso Gucci. El chino trabaja sin descanso, se detiene solo para mirar un reloj que lleva en el bolsillo.

Amontona los bolsos terminados (o las gafas o los pantalones) y los cuenta para saber cuánto hace falta. Para vivir, para comer (solo por hoy, mañana será otro día). Ve más y más chinos trazando líneas con hilo, pegando botones, uniendo piezas, soldando partes. Le gustaría ver una ventana, un pájaro en un árbol, saber la posición del sol en el cielo.

El chino tiene un apellido, Shí o Zhú, Fang o Lang. Puede que incluso sea Wang.



Tuvo un hijo, solo uno, que murió hace poco. Lo encontraron en un baño de la maquila, colgado de un cinturón Michael Kors de doble correa, con hebilla dorada y cuero sintético imitación cocodrilo. Los pies flotando a centímetros del suelo, sobre un montón de colillas empapadas de sangre. A Wang le parecía mentira: la imagen, la muerte, su vida. El suicidio parecía ser una cosa para otra gente, un lujo que no estaba en el presupuesto de una familia como la suya.

Desde entonces Wang (o Zhú o Lang) trabaja más, como si necesitara acabar todos los accesorios que su hijo dejó por la mitad. Como si la *Sophisticato Slim* de Marc Jacobs o la *Marchesa Bag* de Carolina Herrera fueran producto de primera necesidad. Como si una mujer estuviese a punto de morir y su vida dependiera de recibir un poco de la Bownanza con solapa mediana de Anne Klein. Como si Wang (o Shang o Li) cultivara tomates, lechugas y papas para una multitud hambrienta.

Entre el río y la pared

Dayana, Johanna y Marcela son tres tipos que duermen al lado de mi casa. Entre el caño del río Arzobispo y la pared de mi edificio. Tienen colchones y cobijas bajo el alero que las protege de la lluvia. Hablan con un remedo de voz femenina que sale gruesa, violenta y atarbana. Pelean constantemente por la ropa que les regalan. Roban a las mujeres que caminan en la noche por el *Parkway*, pero muy de vez en cuando. Casi siempre piden monedas, consiguen una bolsa de colombinas y las revenden. O piden comida a los que caminan por el parque comiendo helados o sánduches. Hablan de



noche, conversaciones cortas e inconexas. A veces pelean por un chicote de cigarrillo. A veces solo oigo su tos tuberculosa entrar por la ventana cerrada, y las gotas de lluvia cayendo sobre el pasto, silbando por entre los ocales viejos que están hace años en la ronda del río.

En las tardes frías de domingo, cuando hay muy poca gente en la calle, se sientan desganadas entre el pasto crecido. Las he escuchado hablar de sexo. Dayana le contaba a Marcela de algún tipo que quería comérsela por una papeleta de bazuco. Yo no soy así de fácil, le doy besitos pero por vicio no me acuesto. Ni por perica. Otra vez hablaban de pescado, Marcela decía que le gustaba el bagre sudado. Dayana en cambio solo lo comía frito, pero prefería comer cachama, ese pescado chiquito y bien crujiente. El favorito de Johanna era la mojarra. ¡Gomela hijueputa!, le gritaron las otras.

En la mañana me levanto y abro las cortinas. Veo sus cuerpos envejecidos a través del velo que me protege de sus miradas. Las veo indefensas, con los párpados nerviosos por algún sueño turbio. Los veo con la piel ajada y las uñas amarillentas de droga y cigarrillos. Las veo tristes rodeadas de vestidos de flores, blusas de seda raída y jeans descoloridos. Los veo enfermos y despeinados, con el pelo grasoso pegado a la cara sudada de fiebre. Las veo con el cabello teñido y las bocas abiertas. Los veo moverse y a punto de despertar y cierro las cortinas.

Un carrito y un dado

Recoge las migas sobre el mantel, mojándose un dedo con saliva y presionando la tela áspera. Se lleva el dedo a la boca y chupa, como si fuera un niño. Siente el sabor del pan reavivado con el paso de la lengua. Siente que calma el hambre cuando las migas se



vuelven una diminuta bola de masa entre sus dientes. En su gesto, una manía que recuerda desde la infancia y que dejó en el olvido por mucho tiempo, encuentra más gusto que en cualquiera de las sopas que le sirven todos los días.

Lleva días llorando en las mañanas, mientras se mira al espejo, en silencio, casi sin lágrimas. Ha olvidado el nombre de su mejor amigo. En las tardes camina horas por los corredores y se esfuerza por no arrastrar los pies. Se peina el cabello de medio lado, orgulloso porque lo tiene intacto. La enfermera se lo halaga mientras le sirve un caldo y a veces le acaricia la cabeza y le pasa la punta de los dedos por entre el cuero cabelludo, peinándolo hacia atrás. Él trata de disimular su emoción, pero la piel se le eriza. Recuerda cuando era un niño y su mamá hacía lo mismo, sentada frente a la estufa.

Cuando no puede dormir escribe nombres en un cuaderno, con letra bien grande para poder leerlos. Pedro, Diego, Juan, Alberto. Lee y busca familiaridad en los sonidos, pero sigue sin recordar. Dibuja ojos, una nariz, una mano, un carrito y un dado. Y vuelve a escribir nombres. Adel, María, Julia, Sofía. Las letras enormes ocupan varias hojas. Vuelve a leer y por un momento cree recordar, pero solo siente escalofríos y una necesidad urgente de acostarse.

Bajo las cobijas y con los ojos cerrados busca su propio cuerpo. Hecho un ovillo identifica el olor que ahora despide su piel. Siente pena pues reconoce un hedor a sudor y orina. Aunque se baña bien en las mañanas y repasa con fuerza el estropajo por las axilas, el cuello, los talones, supone que su esfuerzo es inútil y que su cuerpo ya está sucio de años. Respira profundo para no llorar otra vez, pero le sale un gimoteo largo, tembloroso. Vuelve a tomar aire, con la boca bien abierta y siente que las lágrimas retroceden. Aprieta los párpados y en la lengua saborea un aliento irrepetible.



Un souvenir, joven

Se acerca con pasos cortos a los turistas. Busca a los rubios y altos. Sabe tres frases en inglés. “Bai som souvenirs”. “Faif dolars for de flut”. “Silver a gud prais”.

Se sienta ceremonioso en el suelo y hace sonar la flauta del águila. Suena un graznido evocador. Toca luego otro instrumento con la forma de un jaguar. Se escucha un rugido agudo. Toma ahora una flauta más larga y entona una canción, armónica y arcaica. Cierra los ojos mientras mueve la cabeza al ritmo de la música. Se acercan algunos extranjeros y se quedan viéndolo. No pasa un minuto y se pone de pie, agarra el maletín abierto con su mercancía, se borra cualquier rastro sacro de su cara. Lanza otra vez las tres frases en inglés y se acerca a una pareja de italianos. Plata, máscara de jade, lindo trabajo. *Grazie, grazie, grazie*, le dicen mientras se alejan. Derrotado se me acerca. Lo he estado viendo hace un buen rato. Un souvenir joven. Niego con la cabeza y me quedo sentado sobre una piedra. Se da vuelta y ve venir un grupo de colegiales. Sale corriendo con su maletín y unas bolsas grandes y ligeras. Vende diez, doce, quince arcos con flechas de juguete. No deben valer más de diez pesos cada uno.

Los niños corretean apuntando con sus flechas, disparando descuidados a sus compañeros. El vendedor regresa hasta donde estoy yo, a la sombra de la pirámide, y se recuesta sobre los muros ancestrales. De una de las bolsas saca una Coca-Cola y empieza a beberla en pequeños sorbos. Un souvenir, joven. Me repite entre tragos. Ve bajar a un grupo de diez o doce japoneses, que descienden con cansancio los últimos escalones. Me mira y mira sus cosas como advirtiéndome que son tuyas, como pidiéndome que las cuide. Sale con pasos cortos y solo lleva las cadenas de plata

y la máscara de jade. Pronuncia su letanía en inglés, su muy atropellado inglés. Solo un japonés se detiene, le presta atención por un rato pero no entiende lo que el vendedor le dice o no quiere entender. Se aleja sin comprarle nada. El vendedor regresa hasta donde ha dejado sus bultos y, con disimulo, los revisa. Me vuelve a ver a los ojos para disipar el asomo de tensión que ha creado su desconfianza. Me dice en un tono más íntimo la misma frase que lleva años repitiendo, que repetirá incluso hasta su misma muerte: Un souvenir, joven.



Alejandro Martínez Murcia. Colombia

Abogado de la Universidad Nacional de Colombia. Fundador del colectivo "No Escritores". Tallerista de la red local de escrituras creativas de Idartes en la ciudad de

Bogotá. Ha publicado cuentos en la antología *Colombia cuenta* del año 2011 y *El Brasil de los sueños*, homenaje a Vinicius de Moraes, del Ibraco.

Edwin A. Garzón Lasso
Colombia



Icaria y otros cuentos

¡Heil, fritanga!

Franz Müller, rubio alemán, era un frenético fanático de la cerveza y del buen comer.

Consumía rubias (las cervezas) en donde la comida se extendiera en forma de embutidos bávaros, jabalíes encebollados, rábanos picantes y mejillones del Rin.

Alardeaba su apetito y su extraordinaria facultad para deleitar y determinar las proporciones e ingredientes del plato, en una sola cucharada.

Representaba en su gusto, lo que Jean-Baptiste Grenouille en su olfato, con la particularidad de que el mono sí había nacido en notable cuna de abedul, por allá, en Bremen.

Así las cosas, Franz Müller, rubio alemán, destinó gran parte de su tiempo y del dinero que obtenía en apuestas gastronómicas (por diez euros: un cuarto de la cuchara y nos dices, Franz, los doce ingredientes de la sopa. Por veinticinco euros: medio mordisco, Franz, y deletreas el ingrediente secreto del *strudel*. Por cincuenta euros: las siete especias del salmón. Por Dios y cien euros:

silencio, Franz. La cucaracha no va en el *pretzel*) en viajar por su Alemania natal, redescubriendo sabores, definiendo sustancias y sobornando cocinas.

Así las cosas, Franz Müller, rubio alemán, recorrió a lo largo y ancho el plato de su geografía. Reconoció cada aroma, cada ingrediente, cada notable sensación. Al final, concluyó que su paladar solo había experimentado con horror el insípido malestar que deja comer trescientas veces el mismo plato. Que no era difícil redescubrir la pimienta cuando acababa de descubrir la pimienta en otro plato con pimienta. Que todo era verdura pálida en los guisados, cerdo sin sabor, pavo simple y pasta con mucho huevo.

Con pena, Franz se refugió en su rubia (la cerveza), hasta el día que un amigo paisa le mentó por accidente la palabra chunchullo. Lo encontró fraccionado en parrillas colombianas, en varias imágenes de *Google*. Aderezado en fluidos desconocidos en bandejas de barro, retozaba al pie de varios metros de rellena, envuelto blanco y chicharrón peludo. Mazamorra, mute, jugos multicolores y manjarblanco.

Ávido de sabores, Franz gastó sus últimos recursos en tiquetes sin regreso hacia la tierra del nunca jamás. Justo cuando surcaba el cielo patrio, la baba se le almacenó inquieta en las glándulas del sabor cuando por la pantallita del televisor le anunciaron la bienvenida a punta de frijoles, retacadas, carne molida y aguacate maduro.

Se abandonó a su suerte en un país que no tenía ni pizca de insípido y se dedicó a tragar: paseó su destreza por la membrana bañada en sangre de la rellena. Surcó su paladar por la papa amarilla machucada con carne del pipián. Apostó y ganó por la edad de la vaca (incluso acertó en la ubre) de la que se extrajo la leche con la que había sido preparada la changua. Sintió fluir por su cabello el colágeno de la pata vuelta gelatina y se bañó en mazamorra chiquita después de dos platos completos de sancocho trifásico.





Al final, Franz Müller, rubio alemán, encontró el amor en una succulenta rubia (pereirana) que le enseñó las delicias de cocinar sin miedo y de mezclar sin pena en el restaurante que inauguraron después del matrimonio, y que a lo lejos, se distingue de los demás por el aviso multicolor que colgó el germano en un arranque de destreza bilingüe: ¡Heil, fritanga!

Icaria

Y entonces, Ícaro cayó al mar.

Dédalo, con el nudo de la tristeza en la garganta, descendió con el firme propósito de hallarle una tumba vacía a la desobediencia de su hijo: una cruz sin nombre y un par de plumas de yeso fueron el único distintivo en el rectángulo de césped y tulipanes.

Ícaro, náufrago de su propia imprudencia, flotó al garette aferrado a un trozo derretido de cera que le salvó la vida. Lejos del laberinto de su castigo y de una tumba sin su cuerpo, arribó con las primeras luces del alba a una playa desértica.

Cada noche, por mucho tiempo, se asomaba a ver lo realmente cerca que estuvo de tocar las estrellas. Las veía titilar, infinitas, como si respiraran y se llenaran de luz, y a otras, atravesar de lado a lado el manto oscuro de un cielo sin su padre. Así, hasta el día en el que una fuerte brisa marina le arrebató un trozo de tela al manto, que tomó vuelo, pero se aferró a su cintura por una hebra deshilachada de lino. En el trance, se vio él mismo suspendido, con los brazos extendidos, por encima de la isla y no le pareció del todo descabellado: si le daba algo de cuerpo a la idea, con sus propias prendas, podría construir una estructura que le soportara el peso y le diera un mejor vuelo al escape.

En la mañana, trenzó varias hileras de liana para asegurar la estructura en cruz de caña brava y la revistió con sus harapos a lo

largo y ancho, dándole un aspecto de rombo alargado. Para la tarde y desnudo, se sujetó al tobillo un tanto de la cuerda, otro tanto la aseguró a una palmera y trepó a lo alto de un risco: si el viento le era favorable, soltaría la cuerda dejándose llevar, crucificado a la estructura, por el vaivén de la brisa. De lo contrario, la recogería para regresar a la seguridad de tierra firme.

Al primer intento, una ráfaga poderosa lo elevó sin consideración por los aires. La cuerda, por el impulso, se rompió unos cuantos metros por debajo del tobillo, pero le garantizó estabilidad a la experiencia. Voló sin cera alejándose feliz por entre nubes de algodón y las primeras estrellas de la noche.

En la capitania solitaria de su invento, pensó en montar una flota aérea de hombres-pájaro que atravesarían el mundo. Entre ideas, que iban desde llevar pasajeros hasta legarle a su padre la presidencia de la compañía, se topó con una bandada furiosa de gaviotas que le desanudaron, le picotearon la cabeza y lo lanzaron al mar como escarmiento animal a la imprudencia humana. No hubo cera que esta vez le salvara la vida.

La estructura cayó sin dueño en la proa de un barco pesquero. Su capitán habría de patentarla “Cometa” y se haría millonario vendiéndola como juguete aéreo que le diera al hombre la posibilidad de cumplir en tierra, por un momento, el increíble sueño de volar.

Edwin A. Garzón Lasso. Colombia

Comunicador, experto en ambientes grupales de trabajo rurales y urbanos. Redactor literario de la revista *Papalote* de Popayán y Pasto y de la revista *El clavo*, de circulación nacional. Es también escritor y asesor metodológico en asuntos relacionados con comunicación asertiva. Creativo en

publicaciones y proyectos sociales en los departamentos de Cauca y Valle del Cauca. Amplios conocimientos en motivación, lectura, escritura, lenguaje y procesos de oratoria, democracia, sexualidad, valores y tiempo libre.



Cuento Mención

Ernesto Tancovich
Argentina



Cuentos cortos

La cola

Al principio fue otra de tantas. Diez personas, quince. La veía cada mañana y al caer el sol. Ya veinte, treinta, cincuenta. Crecía sin tregua. Cien, doscientas. Larga, pero no todavía diferente de las que se forman en el banco los días de pago. Tal vez trescientas, trescientas cincuenta. A nadie que la viera por única vez hubiese llamado la atención. Pero que se alargara hora tras hora, doblando la esquina, cruzando la calle, atravesando en diagonal la plaza, llegó a inquietarme. Cuatrocientas, quinientas. Por conocer el motivo abordé a uno que acababa de agregarse, probablemente el seiscientos y algo. Se alzó de hombros: “Ya lo sabré cuando llegue mi turno”.

Intrigado, la remonté hasta su inicio. Allí pude solamente comprobar que se adentraba en un edificio sin identificación perdién-

dose escaleras arriba. Insistí. Las respuestas fueron invariablemente elusivas.

–Por curiosidad.

–Una promesa.

–Hay que hacerla, no queda otra.

–¿Qué le parece? En algo hay que matar el tiempo.

–Entre hacerla y no hacerla uno apuesta por la positiva.

–Es mejor que estar al pedo en casa.

–Hay que creer. Siempre. Yo soy de mucha fe.

–Si tanto le interesa saberlo, haga la cola como todos.

–Dicen que hacer la cola es importante ¿No vio la tele?

Efectivamente, al alcanzar las seis o siete cuadras había empezado a ser registrada por los móviles de la televisión. En horarios nocturnos se conformaron paneles de debate con sociólogos, psicólogos, ensayistas, religiosos, deportistas y gendarmes. La frase recurrente de las conversaciones en hogares, vecindarios y lugares de trabajo pasó a ser “¿Y vos? ¿Pensás hacer la cola?”

Con el correr de los días, alimentada por los medios y el boca a boca, viene creciendo geométricamente, viboreando por la ciudad, atravesando los arrabales últimos, cortando las pampas y enlazando poblaciones. No se ordena según el criterio de trayecto más corto entre dos puntos sino que describe itinerarios aparentemente caprichosos, laberínticos, que vistos desde el aire hacen pensar en un tipo de escritura. La velocidad de su crecimiento obliga a que varias veces al día los informativos den noticia del punto en que termina. En la cola se comercializan alimentos, se cocina, pueden utilizarse baños químicos por cinco pesos, alquilarse carpas y colchonetas por cincuenta.

Altavoces propalan la palabra de Dios, tocan músicos ambulantes, se improvisan bailongos que suelen terminar en disturbios.



Voluntarias de la Cruz Roja la recorren midiendo la presión arterial, vacunando, distribuyendo preservativos, aconsejando.

En la cola la vida sigue, resumida en esa enrevesada traza lineal, cuyo hipotético sentido oculto algunos se obstinan en descifrar.

Llevo una semana sin moverme de mi lugar. Lamento no haberme decidido antes. Tendría ahora, calculo, unos setenta kilómetros de ventaja respecto de mi posición actual. Pero me consuelo al saber que la cola tras de mí ha alcanzado la frontera y ya penetra en territorio boliviano.

Corren los días y se va conociendo que los primeros de la fila, ovillados ante unas puertas cerradas, en la penumbra de un corredor gélido, sin oír más que los zumbidos del silencio, consumen sus últimas fuerzas en la espera de ser recibidos. Esa postergación en estado puro, sin término, a unos los va sumiendo en la depresión y a otros los vuelve gritones y pendencieros. Pero unos y otros, exaltados o catatónicos, ansiamos que se abran las puertas y la tele pueda por fin informar de lo que nos aguarda.

Mientras tanto se vive. Antes mal que bien, pero se vive.

Las playas del tiempo

Una mañana de aquel difícil año noventa distinguí en el piso del corredor que lleva al baño algo blanco, cuadrado. Lo recogí. Era una de esas fotos Kodak de vacaciones, ajada y con manchas. De café, de óxido, de las que deja el tiempo. Una mujer joven, la vista en alto, salía del mar llevando de la mano a un niño de cuatro o cinco años que miraba al suelo, contrariado. La impresión del margen fechaba la toma en febrero de 1970. Los veinte años transcurridos habían abaratado el color en azules desvaídos, turbios anaranjados y blancos demasiado blancos. Hice cuentas. Ella debería rondar ya los cincuenta, y unos veinticinco el niño. Mentalmente pasé revis-

ta a las personas de esas edades que conociera sin dar con una que pudiese asociarse a las de la foto. Decididamente, eran para mí del todo extrañas. Tampoco pude articular alguna teoría verosímil acerca de su aparición en casa. No había recibido visitas ni se advertían señales de que alguien hubiese entrado subrepticamente. Además, que un intruso dejara a mi paso la vieja foto de una desconocida hubiese constituido un misterio en sí mismo.

Y ahí quedó, perdida entre las páginas del libro que tenía más a mano. De vez en cuando reaparecía para ser nuevamente olvidada en otro libro o en el cajón de las cosas inclasificables. Finalmente fue a recalar en la caja de cartón que almacena las fotos de la vida. La vaga sensación de que un día algo llegaría a decirme me impedía descartarla.

Volví a ver esa mujer. Fue una tarde, en las playas de Santa Teresita, tal como en la foto, recortándose sobre el mar verdoso del que acababa de salir, mojada y sonriente, llevando al niño de la mano. Algo vaciló dentro de mí, hubo un corrimiento del tiempo y el espacio semejante al cambio de escenografía entre dos actos. La razón indicaba que no podían ser los mismos. Ella tendría que andar por los setenta y orillando la cincuentena el niño. Y era sin embargo el mismo rostro largamente contemplado en la foto, el mismo andar decidido de quien parece a punto de alzar vuelo, y este niño tan enfurruñado como aquel otro. Empezaba a parecerme que en esa vuelta de campana que acababa de dar el tiempo las personas sin duda reales que se presentaban a mi vista, eran una copia tardía de aquellas otras impresas en el papel. La mirada de ella pasó muy por encima de mi cabeza dirigida a lo alto y a lo lejos. No me costó comprender que atraía su atención algo que la foto había dejado fuera de campo. Era el globo aerostático que venía sobrevolando el pueblo, circunstancia trivial que explicaba la expresión de en-





cantamiento registrada en la foto y duplicada ahora en la vacilante realidad. Mirando ella a los cielos y el niño a las arenas, pasaron a mi lado sin verme. Cuando atiné a volverme, buscándolos entre la gente, habían desaparecido. En días sucesivos recorrí en vano las calles con la esperanza de un reencuentro. Caído el telón quedaba intacto el enigma. La puerta entreabierta había vuelto a cerrarse sin que atinara a espiar el otro lado.

Volví a casa esforzándome durante el viaje por retener lo que había visto. El pelo mojado de la mujer, los anteojos sobre la frente, destellando al sol, el brillo de las gotas sobre la piel tostada, la malla con dibujos ondulantes en turquesa y azul, el niño refunfuñando a la rastra. Quería cotejar aquello con lo que cuarenta años atrás había fijado la foto.

Subido a una silla bajé la caja de lo alto del ropero y sentado en la cama la abrí. Fui pasando las fotos de a una, casi sin mirarlas. No quería que otros momentos de mi vida me distrajeran, desdibujando la imagen que traía en la retina.

No pude reconocerla más que por la mancha marrón en el ángulo superior derecho. Y ya sin dudas por la fecha impresa en el margen: FEB 70.

Fuera de eso era apenas un ajado cuadradito de papel blanco, sin vestigios de imagen alguna.

Ernesto Tancovich. Argentina

Escribe regularmente desde 2014. Entre los reconocimientos y publicaciones se encuentran los siguientes: tercer premio y publicación Universidad de Tucumán. Finalista del premio Provincia de Córdoba por el poemario *El niño estalinista*.

Primer premio y próxima publicación de *Cine piojo* (editorial) *La máquina que hace ping* (Castellón, España). Publicaciones en *Pedes in terra, Apología 3* (Letras del Sur) CopimeBrevilla-Monolito.

Cuento Mención

María Cid
Argentina



Del otro lado de las vallas

Estelita siempre quiso ser cana. Me acuerdo cuando era chiquita y jugaba a palpar a sus muñecas o usaba el lado contrario de la escobita de juguete como si fuera una macana para molestar a sus hermanos. Los cagaba a palos. Me acuerdo como si fuera hoy, mo-rocha, gigante, corriendo a los nenes del barrio, imitando el ruido de la sirena de la patrulla. Me acuerdo, también, que cuando nos juntábamos con el resto de los vecinitos a jugar al poli-ladrón, a ella siempre le tocaba *Sandía*... La canción decía algo así: “sandía, sandía tú serás un gran po-li-cí-a” (...). En fin, le encantaba jugar a ser yuta. Una sola vez le tocó ser chorro y se puso como loca. Nos empezó a patear, nos decía que éramos unos tramposos, unos jodidos. Ella siempre fue pura vocación.

Por eso nunca tuvimos duda de lo que iba a ser cuando dejó la escuela un año antes de terminar, para entrar a la escuela de poli-

cía. En ese momento se podía entrar sin el secundario completo y ella entró enseguida, una emoción tenía... después de ese día no la volví a ver, hasta que me la encontré en el piquete.

Yo andaba laburando en una fábrica de envasados de La Matanza. Viajaba como una hora en colectivo para llegar a esa fábrica de mierda y siempre nos pijoteaban a fin de mes. Primero nos empezaron a dar una parte del sueldo en negro, después empezaron a echar a los muchachos del sindicato. Nos metían miedo. Un día decían que la fábrica cerraba y al otro que estábamos saliendo de una crisis y que había que “poner el hombro”. En criollo: nos estaban recagando.

Una mañana llegué y me encontré con un tremendo quilombo en la puerta de la fábrica. Todos mis compañeros afuera, a las puteadas. No entendía nada hasta que se acercó El Negro y me empezó a decir que la patronal había decidido echarnos a todos de una patada en el culo a la calle. Me agarró una bronca que no te la puedo contar. Empecé a las puteadas, una señora y dos pibes, una casa que mantener y me vienen a echar como un perro. En realidad estaban todos en la misma situación, todos quejándose, recalientes.

Entonces agarramos unas gomas y las prendimos fuego. Nadie quería hacerse cargo de nuestra situación y los pocos que quedaban del sindicato nos dijeron que ya no había tiempo para negociaciones. Decidimos cortar la avenida para llamar la atención, para que los vecinos se dieran cuenta de lo que pasaba: ¡como veinte años tenía esa empresa! Y éramos como doscientos laburantes... ¡Una barbaridad! Cuestión, al toque apareció la yuta y puso un vallado cuidando la fábrica porque los dueños estaban adentro encerrados y no nos querían dejar pasar. Nosotros estábamos a los gritos. Es verdad que también alguna que otra botella voló por el aire. ¿Qué





quéres? Los muchachos son así, todos con familia, todos desesperados. Y ahí fue cuando la cana se puso más nerviosa y llamaron más efectivos. Los vi alineándose detrás de las vallas, mirándonos de frente, con el casquito ese que se ponen, el chaleco antibalas, la mano sosteniendo la porra para cagarnos a palos en la primera de chance. Fue ahí, en ese quilombo que la volví a ver a Estelita. La reconocí con el uniforme y todo, con el casco que le tapaba media cara. Le vi la sonrisa. Era como si esperara para atacar, no sé, como si se sintieran a gusto en su trabajo, como si nos quisiera cagar bien a palos. Se creía superior...

Yo me la quedé mirando medio embobado. Siempre me había gustado Estelita. Ya de chica era alta, con una espalda gigante, medio machona. Pero a mí me encantaba. Era una morocha que se hacía respetar y siempre me gustaron así, medio jodidas. Me acerqué un poco más a la valla para saludarla, cuando un cana me gritó que me alejara sacando la porra y golpeando los barrotes. No le di bola y la llamé a Estelita que me miró fijo y tardó en reconocermé. Yo andaba con la cara llena de hollín, transpirado y quizá eso la hizo asustar. Enseguida me dio un palazo en la cabeza y ahí empezó la joda. Me acuerdo de que me caí al piso y el resto de mis compañeros, sin entender lo que pasaba, empezó a revolver botellas, a querer sacarme de ahí, a romper el vallado. “Yo conozco a la oficial”, les repetía mientras me agarraban de los brazos para sacarme de ahí.

Me acuerdo que Estelita se nos tiró encima al grito de “negros de mierda, respeten la ley”. Macana viene y macana va, le grite su nombre, le repetí “Estelita, soy Pablito, Pablito del barrio”. Entre el humo y el gas pimienta ella me reconoció y dejó de pegarme con la porra mientras se aseguraba atrás del escudo. “¡Píbe! ¿Cómo andás tanto tiempo? ¿Qué haces metido en este quilombo?”. Le contesté que yo estaba en la protesta con ellos, que nos acaban de echar como a unos perros del laburo. Acto seguido me empujó contra sí



para esposarme. “¡Qué mal pibe! Yo te entiendo, pero esta no es la forma de protestar. Me vas a tener que acompañar a la comisaría. Y decime, ¿qué es de tu vida?”.

En el trayecto que estuve en el camión celular fuimos charlando, yo atrás medio enrejado y ella adelante. De vez en cuando me pasaba un líquido para limpiarme los ojos que me ardían y entre una cosa y otra me enteré de que se había casado con otro oficial, pero que todavía no tenía hijos. Me dijo que le parecía medio complicado estar embarazada para ir a reprimir las huelgas y protestas. “Es un momento hermoso, no puedo renunciar a eso, es como pedirle a un médico o a una maestra que no ejerza su vocación. Vos me conocés, yo nací para esto”. Y le dije que tenía razón, que ella era así desde chica, que había cumplido su sueño. “Estás muy linda, Estelita”, le comenté mientras me bajaban a los tirones del camión. Ella me palmeó la espalda y se me cagó de risa “Este Pablito... no cambiás más. A ver si una noche en la comisaría te pone en vereda”. Los dos nos reímos, ella, ahora sin el casco, tenía los rulos al viento. Me dijo que a lo único que no se acostumbraba era a andar con el pelo atado. Me lo contó mientras tomaban mis huellas dactilares, mientras me acariciaba las manos. Era tremenda Estelita, desde piba que era una fiera.

Se cagó de risa cuando me tomaron declaración. Una esposa, tres hijos, le daba lo mismo. A la noche apareció en la celda cuando estaba solo, muerto de frío. “¿Y? ¿Cómo andás? ¿Tenés hambre?”, me preguntó mientras me alcanzaba un sánduche. Me lo devoré. Mientras, ella me miraba desde arriba, con esa superioridad que tenía desde chica.

“Mirá lo que te pasa por andar jodiendo, Pablito. Vos ahora podrías estar con tu mujer, durmiendo en una cama. Pero no, estás acá, en este calabozo mugriento, cagado de frío.” Prefiero estar con vos, le respondí de una, medio atragantado por la miga. Ahí fue en el momento que se puso como loca, me desvistió enseguida y empezó a jugar conmigo. Que haga esto, lo otro, que veinte sentadillas, que era un quilombero, un negro de mierda, que quién me había creído, que veinte abdominales y que si no me picaneaba. Cualquier cosa me decía. Ella, en cambio, se divertía.

Al final de la noche, terminamos cogiendo. Medio salvaje fue todo, yo volví con bastantes moretones pero no me mató. Por suerte no me mató, porque en un momento, cuando terminamos, desfundó la pistola y me apuntó a la cara. “¿Qué pasa, Estelita? ¿Qué hacés? ¡No me matés!” Su cara había cambiado, no sé, estaba con bronca por algo. “No te quiero ver más, Pablito. ¿Me entendiste? Vos sos eso del barrio que siempre me molestó, esa cuna de chorros, de gente de mierda, que hace bardo, que afana, que corta las calles, que molesta al orden público”. Eso me decía, cada vez más sacada. Yo le rogué que, por favor, no me matara, que no entendía qué pasaba, que yo no andaba en nada raro, que había cortado la calle porque me habían dejado sin trabajo y estaba desesperado y mi casa y mis hijos... En fin, se levantó y me apoyo el fierro en la frente. ¡Callate!, me ordenó. ¡Callate porque te mato!

Nos quedamos en silencio y ella empezó a reírse a destajo. “¡Ay, Pablito! ¡Qué inocente sos!”, me decía mientras se me cagaba de risa en la cara. “¿Cómo te voy a matar a vos? ¡Si vos sos mi amigo del barrio! Estaba jugando, como cuando éramos chicos...”. Terminó de reírse y enfundó el arma. “No te metás en más quilombos, boludo, portate bien”, me dijo mientras dejaba la celda.

Después de eso no la vi más, ni en esa ni en otras manifestaciones que hicimos y eso que nos reprimieron varias veces. Andá a saber... quizás después, quedó en embarazada y no pudo ir más o la mandaron para otro lado. No sé, seguro donde esté, andará a los palazos. Estelita siempre fue así: policía de alma.



María Cid. Argentina

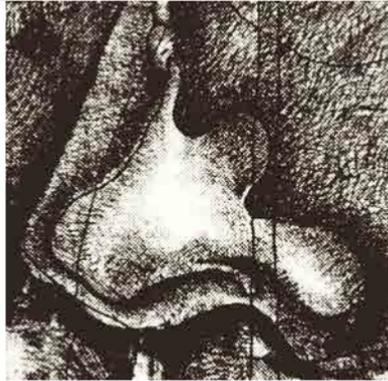
Licenciada en sociología por la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Capital Federal, Buenos Aires. Profesora de enseñanza secundaria, normal y especial en sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Capital Federal, Buenos Aires.

Es docente de la materia Construcción de la Ciudadanía, para alumnos de primer año del Colegio La Milagrosa de Llavallol,

municipio de Lomas de Zamora. Ha sido evaluadora de los programas nacionales de becas bicentenario y becas universitarias de la convocatoria 2016, de la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación y Deportes de la Nación. Participante en calidad de investigadora en formación en el grupo de estudios en procesos electorales para el CEAP, entre otros procesos investigativos.

Cuento Mención

Gabriel José Moncada Belisario
Venezuela



El gato

El gato empezó a cantar ópera con un tono soprano y ella lo soltó de la sorpresa. Ella siempre había pensado que el gato era barítono.

Gabriel José Moncada Belisario. Venezuela

Con solo 22 años de edad, es un novel escritor venezolano. Fue el único autor de ese país en ser escogido para publicación en la cuarta edición del concurso Purore-

lato, de la organización Casa África. Cuando no escribe, cursa la carrera de Administración de Empresa en la Universidad Gran Mariscal de Ayacucho.

Cuento Mención

Luciano Sívori
Argentina



Los microdélícos

Existen en este mundo algunas actividades del hombre tan curiosas que su mera mención convierte a quien las practica en un receptáculo de burlas y risas. Una de ellas, quizás la más notable de todas, es la de los microdélícos.

El término, del griego *mikrós*, pequeño y *delomai*, manifestarse, acuñado por primera vez en el 2009 por el filósofo, escritor y filólogo Ricardo Mux, se refiere a quienes hacen militancia en cuestiones mínimas e insignificantes.

En el barrio porteño de Flores, en calle Remedios al 2800, existe un fiambrero que no vende chorizos Paladini. Argumenta que don Juan Paladini (sí, tal fue el nombre del creador de estos embutidos) cortejó a su bisabuela allá por el año 1922, y que fue ella, la refinada Adelaida Brunelli, quien le dio inicialmente la idea de elaborar productos inspirados en un viejo cuaderno de recetas de Italia que ella poseía. El fiambrero hasta tiene un cartel en la entrada que aclara,

para que no quede lugar a dudas: “Acá no se venden chorizos Paladini.”

Es igualmente llamativo el caso de un profesor de literatura cordobés que intentó liderar una marcha contra los escritos de Dan Brown. Las pancartas leían “No leo a Brown. Es pura mierda”. A la marcha fueron siete personas.

Todos somos acreedores de alguna pequeña microdelia en nuestra vida. Hay quienes se rehúsan a comprar una Coca-Cola para hostilizar a la maligna empresa (como si ellos pudieran llegar a darse cuenta), hay otros que repudian con fervor a los amantes de los *Reality Show*, que se ponen incordiosos ante la presencia de médicos oftalmólogos o que se niegan a escribir con tinta negra porque “puede no distinguirse la fotocopia del original”.

Hay, sin embargo, una familia argentina que saltó repentinamente a la fama por contar con una larga herencia de integrantes microdélitos. Todo comenzó con Fernando Aguirre, un kiosquero de capital que no vendía historietas de Marvel por tener argumentos demasiado incoherentes. Su hijo, Miguel, heredó la microdelia del padre —algunos científicos han comenzado a considerar que podría existir un gen que la arrastre— y fundó la Asociación Contra el Pan con Manteca y



Mermelada: la Acepcmym. Su lucha, por lo pronto solitaria, busca concientizar al público de los peligros de mezclar ambos productos (provocarían acidez). Agrega que las poderosas compañías de mantecas y mermeladas trabajan en colaboración, aumentando los precios de productos hoy considerados como complementarios, generando un oligopolio oculto y –en última instancia– perjudicando el bolsillo del consumidor final, quien, además, probablemente tenga acidez.

Miguel tuvo tres hijas. Sofía, la mayor, solo salía con tipos más bajos que ella. Micaela, la del medio, no compraba ropas los jueves (según sus estudios, publicados en su blog personal, las empresas aumentan los precios un 15 % exclusivamente en esos días, pero no lo informan al público). Bianca, aun en edad preescolar, intenta convencer a todos sus compañeros del colegio que los controles remotos intoxican el ambiente más que el humo de los cigarrillos.

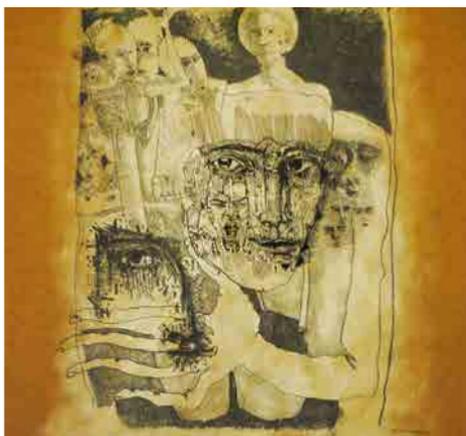
Cuando la hija de Sofía, hoy de dos años y medio, comenzó a mostrar indicios de preferir los colores rojo y amarillo por sobre cualquier otro, los estudiosos de la materia comenzaron a concebir la idea de una cuarta generación de microdéllicos (algo jamás visto).

Estudios de la Universidad de Princeton, donde opera el Centro de Investigación de la Microdelia, muestran que el 67 % de los microdéllicos están convencidos de que una periódica e imperceptible militancia va progresivamente carcomiendo las entrañas de un enemigo difuso, y que aquel acto desinteresado les brindará un pedazo modesto del mismísimo cielo.

Según el último censo mundial realizado a través de la red mundial *Facebook*, un 17 % de la población sufre de microdelia, y las posibilidades de que la obsesión por la militancia de cuestiones intrascendentes se transfiera aguas abajo en la genealogía es de aproximadamente un 20 %. ¿Es usted un microdéllico? ¿Siente fa-

natismo por alguna manía en particular, que combate con fervor y milita con entusiasmo? Si es así, todavía está a tiempo de corregir el rumbo. La ardiente batalla contra los microdéllicos, individuos creados por corporaciones oscuras lideradas por enanos y zorros parlantes, financiadas por gobiernos imperialistas, puede ganarse.

Debajo de esta nota encontrará el contacto de mi organización: “Juntos contra la microdelia”, un espacio participativo donde podrá movilizarse contra aquellos que militan sobre lo insignificante. El mundo es demasiado caótico y tenebroso como para andar preocupándose por las pequeñas cosas.



Luciano Sívori. Argentina

Estudia licenciatura en letra en la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina. Es ingeniero industrial de la misma universidad.

Ha publicado obras en antologías, revistas y diferentes espacios virtuales.

Ha sido premiado en diferentes concursos, entre ellos el primer premio en el II Concurso Literario Internacional “Abrien-

do Puertas”, 2015, Cuba. Primer premio en el concurso de monólogos y guiones teatrales convocado por la asociación de escribanos de Buenos Aires, 2015. Segundo premio en el Concurso “Roberto Art” 2015, Argentina, y segundo premio en el Concurso Literario Nacional Juan Atilio Bramuglia, Argentina 2014, entre otros reconocimientos literarios.

Norges Carlos Céspedes Díaz
Cuba



Encantadora de cerdos

Los cerdos me han desvelado: hacen ruido al masticar los trozos de boniato que Ilse les echó. Temiendo que se los lleven, los guarda por la noche en el cuarto. No la incomodan, ya se acostumbró. A veces la despierta alguna pelea que arman, entonces dice “pruchi”, “pruchi” y, como si hubieran escuchado algún conjuro mágico, de inmediato se tranquilizan. Pero Ilse está durmiendo ahora y me mataría si la levanto para eso. A mí no me obedecen, ya lo probé y nada. Acaso mi voz no les resulta familiar o simplemente la única voz que los domina es su voz. Les daré tiempo, se les acabarán los trozos de boniato y no tendrán más opción que dormir. Voy para la sala. Como no estoy bien acostumbrado a la casa, tanteo mil veces



en la pared hasta que por fin enciendo la luz. Me acomodo en el sofá. A un costado, en la mesa de cristal, hay una revista que hojeo y no me agrada. Hay, además, un teléfono. Empiezo a marcar. ¿Estás loco? Se supone que ahora mismo te hallas en el tren, viajando y viajando como siempre. Noto que los cerdos se han revuelto aún más, seguro por la luz, que se traslada en finos chorros desde la sala hacia el cuarto a través de la pared de tablas. Tanto joden que Ilse pierde el sueño también. Los tranquiliza como ella sabe. Luego me llama a mí: “Pruchi, pruchi, ¿dónde estás?”.

Estampa familiar

Un pedazo de nuestra madre está servido en la mesa. Mis hermanos y yo no le quitamos los ojos de encima. Aguantamos a duras penas. Para no caer en la tentación cruzamos y descruzamos los cubiertos sobre el mantel, con los dedos reinstalamos nuestros nombres en la jarra de cristal con agua fría cuando los borran las gotas que corren por fuera, o nos damos pataditas de advertencia si alguien parece a punto de lanzarse sobre el plato, acto inaceptable en esta casa, donde al comer todo el mundo debe estar en la mesa. El lugar vacío ahora pertenece a nuestra madre. Ella, o lo que queda de ella, trastea en la cocina, pero no demora en volver con el resto de los platos. Esperar no es razón para ponernos así desesperados como nunca nos habíamos puesto. Debiéramos ser más comprensivos, porque incluso si hoy aguardamos por ella, lo usual es que ella aguarde por nosotros: muchachos como somos, nos entretenemos en el patio, sin percatarnos de su voz llamándonos porque la comida se enfría.



Quisiera saber qué pasa dentro de nosotros, pero no saco nada en claro. Para colmo, disminuye mi capacidad de pensar en otra cosa distinta al pedazo de carne ese. En mi cerebro se ha instalado fija, enfermiza, una escena donde aparezco contentísimo, labios grasosos y boca llena... imasticando! Debe ser la misma que rueda persistente por las cabezas de mis hermanos, sin que tampoco ellos consigan detenerla. De hecho, mi hermano más pequeño ha vuelto a ensimismarse con la carne. Le doy una patada en la rodilla y él, tras la sorpresa, recita —en voz baja, con rabia contenida— su repertorio de obscenidades. Luego fija en mis sus ojos, me acosa, me acusa, pregunta con ellos por cuál motivo lo he castigado así, pues hasta ahora los golpes por debajo de la mesa fueron tiernas pataditas de advertencia, suaves casi hasta la complicidad. Quedará sin respuesta, no entendería, sería empeorar las cosas, se pondría como una fiera al saber que dejé su rodilla ardiendo por castigar en él este mismo entusiasmo con el que yo codicio el plato humeante en la mesa. Se pondría más furioso todavía al recordar al Santo Hermano Mayor presto siempre a catequizar, leyéndoles aquellos versículos de la Biblia donde se pregunta por qué un hermano mira la basurita en el ojo de su hermano, si antes no ha distinguido la viga en el suyo. Pensándolo bien, no hay motivo para temer esto último, no lo creo capaz de recordar una palabra de los versículos, sé que le entran por un oído y de inmediato le salen por el otro los fragmentos de la Biblia y de los libros de fábulas, poesías y cuentos que nuestra madre me hace leerles, en contra de sus deseos de salir a jugar. Pasma la indiferencia con lo cual asumen lo ajeno a correteos, saltos y forcejeos físicos.

Mi hermano más pequeño se mueve en su puesto, se mueve otra vez; sabe que halló la manera de hacer que lo mire, lo complazco y sonrío, y con aire triunfal se levanta de la mesa. Sobre la silla coloca el pie castigado. La parte donde lo golpeé está enrojecida, se ob-



serva también una leve marca de betún: anuncia que se la enseñará a nuestra madre. Hazlo, digo, y me finjo el imperturbable. Retomo el silencio con blindaje a prueba de ellos dos: solo mostrando indiferencia habrá posibilidades de disuadirlo: si sospecharan mi preocupación por su amenaza correrían con el chisme a la cocina. No deseo que mi madre se entere. Cuando nos maltratamos se pone como loca y me he prometido no darle dolores de cabeza: el médico diagnosticó fatal para su vida que siga cogiendo luchas. No siempre la fuerza de voluntad me ha respondido para cumplir tal promesa. Sin embargo, debo reconocer mis deseos para hacer lo posible, en medio de un enfrentamiento no solo conmigo, sino también contra mis hermanos.

Ellos, ahora mismo arrimados uno encima de la oreja del otro, probablemente conspirando, paladeando la magnitud del daño que me infligirían en caso de hacerme caer en desgracia ante nuestra madre, sin pensar que el daño más que a mí se lo producirían a ella. Eso no les importa. Continúan sus maquinaciones, cuchichean entre tontas risitas y al desarrimarse, en señal de pacto, chocan las manos y las enredan en un extravagante ritual de saludo. Los ignoro. Hacen muecas: tuercen ojos, sacan lengua, se estiran orejas, labios... Como sigo sin prestarles atención, se molestan y uno acierta en mi ojo derecho con una bolita de fango que seguro traía en los zapatos, aunque sabemos que al entrar debemos limpiarnos bien. “¡Comemierda!”, voceo.

Son especialistas en tirar cosas. Por milímetros no averiaron mi cráneo la otra tarde. Me perseguían, después de que les arrebaté y liberé un lagartijo que torturaban. Con las últimas fuerzas, aterrado por el recuerdo de la piedra cruzándome por encima, entré a la sala para salvarme. En seco me pararon gritos feroces acusándome por el fanguero armado en el piso. Era tía Miriam, quien, como todos los domingos, limpiaba la casa porque nuestra madre

no puede: “Cero esfuerzo físico”, ordenó el médico. Mientras ellos permanecían afuera, en la entrada, recostados a la pared, riéndose, mi tía no lograba contenerse. “Desconsiderados”, decía. “Acabarán con su madre, unos alacranes es lo que son”, decía.

Ella, por cierto, se equivocaba pensando que los alacranes devoraran a sus madres. Según leí en una enciclopedia, se les suben encima unas semanas —para protegerse— pero luego, ya valiéndose por sí mismos, bajan sin haberle dañado ni un pelo. De nosotros, en cambio, no puede decirse lo mismo. Desde pequeños estamos encima de ella, esclavizando su vida a nuestra vida, sorbiendo sus fuerzas, su existencia. De hecho, ahora un pedazo de ella está en la mesa y con mucho gusto, rebanada tras rebanada, nos lo vamos a comer.

Norges Carlos Céspedes Díaz. Cuba

Periodista, narrador y editor. Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana, Cuba. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac) y de la Unión de Periodistas de Cuba (Upec). Ha publicado los libros *Lino Novás Calvo, periodista encontrado* (ensayo, 2004). *Oficio de Cicerone* (cuento, 2005). *Historia clínica de un héroe* (ensayo, 2007). *Manos a la obra. Testimonios de artesanos matanzeros* (testimonio, 2013) y *Juan Gualberto Gómez. La patria escrita* (selección y prólogo, 2014 y 2016). Ha dado a conocer más de una veintena de textos literarios y periodísticos en importantes revistas culturales cubanas como *La Gaceta de Cuba, Revolución y Cultura, La letra del escriba, El Caimán Barbudo, Signos, Matanzas y La revista del Vigía*. Es además colaborador habitual de los sitios digitales *Cubaliteraria, Uneac y Mar Desnudo*.

Ha recibido numerosos reconocimientos por su obra. En España: segundo pre-

mio del LIX Concurso de Cuento Gabriel Miró, Alicante, 2016. Primer finalista del III Premio Literario de Cuento Corto Madrid Sky, 2016. Finalista del XVI Certamen de Literatura Miguel Artigas, 2016. Segundo premio del IX Concurso de Relatos Cortos Lozoyuela, 2015. En Cuba: beca de creación “Ciudad del Che”, 2015. Premio “La Puerta de Papel”, 2014. Premio de la crítica literaria “Orlando García Lorenzo”, 2008, Beca de creación literaria “Juan Francisco Manzano” (2011 y 2013). Premio Celestino de Cuentos, 2004. Premio de cuento y testimonio de la revista *Matanzas* (2007 y 2016). Mención del premio nacional de periodismo “Juan Gualberto Gómez”, 2008. Premio nacional de periodismo “26 de Julio” (2005). Premio nacional de periodismo “Primero de Mayo” (2005) y mención en el X Concurso Nacional de la Crónica Miguel Ángel de la Torre (2015), entre otros. En estos momentos trabaja como editor en Ediciones Matanzas.

Fábulas, antihéroes y otros cuentos cortos (o muy cortos)

Plagio

Jeff Connor tenía apenas nueve años cuando su padre decidió retirarse a un apartado lugar de Colorado, en medio de las montañas Rocosas. El viejo Connor se había bebido (y digerido) el manifiesto del Congreso Ludita de Ohio, y por su esencia idealista optó por llevar una vida simple. Al pequeño Jeff solo le quedaba escribir, y lo hizo. Experimentó en la poesía, la narrativa y redactó un monumental ensayo contra la tecnología. Connor el padre, vino a morir sin asistencia médica en el crudo invierno de 2015; y el entonces



joven Jeff cargó con sus escritos hasta Nueva York. Solo le quedaba publicar, y lo hizo. Miles de historias, sin referencias, sin lecturas previas, todas creaciones desde el absoluto silencio de las Rocosas.

Han pasado unos años de su regreso. La sociedad que lo extrañaba y de la que el viejo Connor lo arrebató, le regala centenares de demandas por plagio. No puede admitir que mil historias salieran del silencio de las Rocosas.

Los sueños del zar

Nicolás tenía la costumbre de escribir en su diario dos veces al día. Después de desperezarse y tomar un desayuno de acuerdo con todas las normas reales, se encerraba en su habitación por una hora y con letra vívida escribía tres o cuatro cuartillas.

La otra sesión quedaba para la noche, en ropa de dormir volca-



ba con trazos cansados los avatares de la jornada: los paseos, las comidas y de vez en cuando, alguna reseña de los informes que describían la terrible situación del Imperio.

Para el lector ajeno, parecían dos escritos de personas diferentes. Los nocturnos, sin orden ni concierto, descriptivos y cansados, parecían anunciar el ocaso del reino de los zares. Los de la mañana, frescos y ordenados, casi fantásticos, recogían los sueños del último de los Romanov: la anunciación divina de su lugar inamovible, de sus derechos de sangre y fe, de su perfección.

Nicolás dirigía su Imperio por sus escritos matinales, por sus sueños, y el torrente de acontecimientos interrumpió violentamente su diario.

La revuelta de los cobardes

El comedor de la prisión era el espacio por excelencia para las peleas. Tres años antes, el patio perdió su preponderancia después de la masiva trifulca en la que murieron a puñaladas cuatro internos y dos guardias de seguridad. El alcalde Jean Couteau reguló las salidas a tomar el sol, eliminó el área de ejercicios y suprimió los encuentros deportivos. El efecto de la medida fue geográfico y olfativo. Los ajustes de cuentas se realizaban ahora entre los olores a col, arroz y embutidos refritos.

Pierre Labeouf sudaba como un cerdo. Por el rabillo del ojo vigilaba al gigante apodado Hulk, que entre risas fue a sentarse con sus hombres. Labeouf apretó las nalgas y el dolor le llegó hasta el cuello. Llevaba cuatro días así. Levantó las gafas empañadas a tiempo para ver acercarse a su compañero de celda, el hablador Tomás Cassano.

Cassano era el típico hombre débil y parlanchín. Estaba condenado por el asesinato de su esposa y el amante en una pelea do-



méstica, después de sorprenderlos en plena cabalgata sobre el sofá de la sala y con la puerta del departamento abierta. Su secreto se supo a voces poco después. El hombre estuvo cinco minutos en una impávida inmovilidad y cuando atinó a hablar se conjugaron las más locas circunstancias que provocaron la caída fatal de los amantes sobre una mesa de cristal que desangró a ambos.

“Ya está hecho”, le dijo el recién llegado. En cinco minutos entra George.

Así ocurrió. Justo cinco minutos después, un delgado pelirrojo entró al comedor en un arrebato. Corría descalzo y de sus manos cerradas chorreaba sangre que iba a incrustarse en el opaco suelo del salón. Cundió la alarma y George se detuvo frente al sorprendido Hulk y lanzó a su rostro un par de ojos arrancados de raíz.

El alarde les dio unas semanas de paz. En esos días se dedicaron a sortear quién sería el próximo miembro del club de los cobardes, su grupo, que se mutilaría a sí mismo para un nuevo espectáculo y unos días de tranquilidad.



Fernando Luis Rojas López. Cuba

Máster en Didáctica de las Humanidades por la Universidad de Ciencias Pedagógicas de La Habana. Especialista del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, de La Habana. Investigador y ensayista. Ha recibido premios y becas por

proyectos de investigación relacionados con las Ciencias Sociales. Ha publicado artículos en revistas de Cuba, México y Uruguay. Ha colaborado como profesor en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (El Salvador).

El centro de las realidades

Primero creí ver una pequeña negrura en una esquina de mi cuarto, ipero me desperté, agitado! Con esa sensación de estar dormido aún. Me levanté en medio de la madrugada a tomar un vaso de agua. Mientras agarraba el vaso, sentí una leve caricia en el tobillo y alcancé a ver tres horribles dedos –negros, largos y de uñas amarillas–. Tomé agua rápidamente y salí corriendo de nuevo para el cuarto. Cuando cerré la puerta escuché una delicada risa debajo de mi cama...





¡Oh! ¡Me imagino cómo te envidian los muertos! No soporto escucharte, no soporto ver por esa boca que está llena de tentáculos donde deben ir dientes.

Le hui por tantas noches, mientras la veía agazapada en una esquina de mi mente por tantos días, por tantos meses, por tantos años, por tantos minutos, por tantos segundos y por tantas horas, que ya no me queda energía para zafarme de ella ¡Me tiene atascado en este limbo abrupto en el que caen los curiosos y nunca entran los prosaicos!

Tan fácil es caer en ti. Tan difícil es dormir mientras tratas de estrangularme con mis propias manos, mientras tratas de odiar a mis seres queridos con mi propia mente, mientras me das de comer soledad, temblores y ansiedad. ¿Dónde encuentro las escaleras? ¡Oh, lector! ¿Cómo llegó a la cumbre de mis personalidades? Ella me tragó y no encuentro nada en todo este piso baboso, en todas estas paredes viscosas, ni siquiera un bombillo amarillo que me señale dónde puedo matarme.

¡Maldita sea, Jung! Revive unos segundos o háblame desde el mundo de los muertos para que me lances una cuerda o un silbido de desprecio por mi cobardía. Dime, ¿cómo integro los tentáculos en mi cuerpo?, ¿cómo dejo circular la sangre negra de la verdad por mis venas?, ¿cómo hago para no tenerle miedo a la porquería que se nutrió todos estos años dentro de mí? ¡Responde, Jung! ¡Ay! Todo lo que rechazo me cae encima. Cuánta verdad, Sarah Kane.

Todo lo que rechazamos nos cae encima, nutriendo la porquería interna.

¡La sombra!

Iván Andrés Tovar González. Colombia

Nació en Montecristo, Bolívar el 8 de febrero de 1995. Fue víctima del conflicto armado. Actualmente vive en Cartagena de Indias y cursa primer semestre de Psicología en la universidad de San Buenaventura Cartagena.

Ganó en 2016 la segunda convocatoria

de la revista peruana *Nictofilia* con *dossier* horror erótico, con el relato *Solo sube un poco tu vestido*. En el XX Festival del Arte en Cartagena, ganó en mejor poesía con los poemas *Mentes enfermas* y *Mi naturaleza*, y en mejor cuento con *Pichirilo pata rota*.



Cuento Mención

Melanie Romero García
Colombia

El sueño

Ella era vacío. De pie, recostada en la pared de un pequeño apartamento que recién estrenaba y junto a un banquillo que sostenía el peso de la ropa que la había liberado de su cuerpo, observaba fijamente la demacrada presencia de una joven orquídea. La flor como ella, tan perdida e inevitablemente vacía.

Se levantó más temprano de lo acostumbrado esa mañana con el sonido enajenador de *Imagine*, interpretada toscamente por el vecino de al lado. *Imagine all the people living for today*, esa canción que daba vida a las utopías de Lennon y a él, y que la llevaba a navegar de nuevo entre el suelo del inconsciente sueño y lo alto de su despertar sobre cuerpos entrecruzados, extasiados, alumbrados y golpeados por el mismo viento callejero en una mañana de domingo. Era domingo, domingo 21 de noviembre y esa sola realidad la hizo renunciar a los multitudinarios gemidos y la conmoción general que había disfrutado hasta el momento. El choque y Sartre.



Sin dejar de pensar en el amor expuesto a la oscuridad de otros juicios, atravesó la mitad de la mañana dando lugar a las cosas que traía de su antigua casa, el alcanfor en los armarios, la sal en la alacena, el café en el termo, la mierda en... Como esperaba invitados, tuvo la mesa puesta para las once y media con los cubiertos plásticos que no se parten en las separaciones y después de rastrear entre semejante engaño del destino eligió un lugar para sí misma y se sentó. Entonces, tras observar el orden del lugar, sintió ceder los muros roídos por el tiempo y quedó absorta, inmóvil, con el vestido rosa, desteñido por el desuso, y sus muslos forzosamente cruzados, allí, como centro de una fotografía de cualquier álbum familiar. ¿Se convertiría en una evocación de esa imagen, olvidada como lo serán todas las palabras dichas? Resonaron pasos. Se levantó con premura y escuchó por cuatro horas y cinco eternidades a su madre y amigas, ya canturreando las mañanitas, ya quejándose del diario convivir del amor, la ilusión del amor, la mentira convertida en amor. Para las seis de la tarde había perdido la claridad, el hilo de cualquier conversación vana tejida, y se permitió sumirse en la idea de sí misma encuadrada en los límites del papel fotográfico... La mierda en la superficie, siendo ella una mujer de tocar fondos. Dispuso algunos de sus “nos veremos pronto”, “fue un placer verlas”, “tienes razón” —tienes toda la jodida razón pero ya no entiendo razones, yo no, ya no—, pensó sin encontrar medios para decirlo. Acompañó a sus invitadas a la salida y brincó de dos en dos las escalas a su cuarto. Primero con suavidad, después exhausta con intensidad, dejó que sus dedos palparan los pliegues, las formas, los olores, invadió con un gemido de victoria el silencio y admiró la escena. Esa era su imagen, la que verían su madre neurótica y sus amigas mal casadas. Era, entonces, cuando debían caer los muros y hundirse el mundo en un rozar de cuerpos. Nada pasó. Nadie la



vio. “Nunca sabemos cuándo será la última vez que recordaremos algún detalle pasado” le había contado Sartre dos noches antes en la carretera rumbo a casa —nunca sabremos cuándo será la última vez que podamos siquiera pensar qué es un recuerdo— decidió en el almuerzo. Estaba de pie junto a la orquídea y ya para entonces regurgitaba sobre aquella frase de Lennon que ruega por el amor a plena luz del día en lugar del sonido estridente de las armas, las guerras libradas en alcobas de moteles, burdeles, hospitales y en esa que habitaba con la flor, tan muerta como ella, debían mostrarse al mundo y ser cargadas por todos en pequeñas fotos instantáneas. Quizá la gente necesitaba verdad. Más allá del amor necesitaban verse como el resultado del caos para no corromperse en la idea de orden, ser y parecer quienes no son, ni sentarse a almorzar, hablar y tomar el té en un mausoleo recién ocupado, en el suyo. ¿Y después? El álbum, las palabras, el olvido, y el vacío, solo el vacío. Me contó todo esto y se acercó a preguntar: “¿Cambiarás la canción mañana, enterrador? Quiero tener el mismo sueño, esta vez sin interrupciones”.

La chaqueta

La maté. Estaba fría su piel y mis manos cubiertas de miedo. Olía a vértigo, el pecado original. El frío de la vara en mi mano me despertó, hui. Mis pantalones gastados y camisa arrugada, todo, cubierto por una espesa capa de sangre fresca. ¿La maté?

Solía ver sus pasos agujereando como gotas el suelo de la casa nueva, primero en la sala, luego en la cocina y al final en los cuar-



tos. Esa negra cantaba día y noche y se reía aun en la madrugada cuando mi cuerpo quería descansar. Si mi padre hubiera estado vivo, jamás habría permitido entrar su almizcle en la hacienda. Sus mocasines, aunque pequeños, habrían estado arrastrándose tras las molindas de caña. Pero, en cambio, estaba allí, secando su sudor en nuestras fundas, tomando su leche inmundada en nuestros vasos, sentándose en nuestras camas... Quizá por eso la maté.

El viejo ya no estaba y sin un hombre las faldas de la casa se arrastraban a la más débil muestra de inocencia. Brutas, siempre leyendo en las caras la bondad del alma y errando. Mi madre la acunaba y sus ojos oscuros entreveían la profundidad de sus pechos. ¿Con qué derecho una india harapienta habría traído tal desgracia hasta mí? Esos ojos debieron estar abiertos del pavor, pues el desteñido vestido de siempre le llegaba a la altura del pecho. Debí ser así, como nos enseñó papá, hasta el fondo, aunque nuestro cuerpo lanzara quejidos de horror y el suyo ardiera en pasión.

La vara debió ayudarme a que no despertara mientras la llevaba al borde del río. Cuatro cuerdas después de la iglesia es demasiado espacio para cargar a la inútil, viva, sin que gritara. Sí, así la callé. Anoche llenaron el cuarto de las sirvientas con las máquinas del trapiche, pero no las sacaron a dormir en paja, no, terminaron en el arco de mi puerta. Yo me quejé —¿me quejé?— y se llevaron a la india, la madre de la bestia. No habría tenido otra oportunidad. “El ovillo se caza cuando está solo. Se apunta y dispara, no tenga miedo que eso no duele”, nos decía el viejo.

Recuerdo que salté por el ventanal. Debí pensar que la puerta haría demasiado ruido. Cómo habrá disfrutado la asquerosa al frotar su piel con la mía mientras la arrastraba hasta tan lejos. ¿Respiraba? Cuando salté era de noche, nadie debió vernos, pero recorrí el sendero asegurándome de que nadie nos observara en los altos

balcones o los resquicios de los garajes, por eso no me percaté de su respiración. Pero... ¿y si respiraba? La ahorqué. Las manos grandes, herencia paterna, debieron estar allí, siempre dispuestas al trabajo y al forcejeo. Si hubo manos entonces... manos y huellas. La india debe estar buscando a la policía, y mi madre. ¡No pueden encontrarla!

El viento se lleva consigo el miedo de mi rostro. Corro, me adelanto a la vida como quien conoce las reglas de la muerte. La arrojaré al río en cuanto llegue. Y su carne cambiará de azul a gris y el frío coagulará la esencia que le queda dentro. Tal vez fue eso, el frío, que confabuló con mi genio para estallar la ira y llegar hasta aquí. Me supera media cuadra y no puedo parar de pensar en cómo la chaqueta de cuero negro me protegía del aire que se colaba por las ventanas. Las jodidas se abrían y cerraban al compás del viento, justo cuando lograba llegar al sueño intermedio. Eso debió colmar mi alma de resentimiento, ¿o no? ¿Las ventanas? Veo a lo lejos el cuerpo ya rodeado de mujeres con pañuelos. Mi madre llora, siempre tuvo la horrible costumbre de chillar hijos ajenos. Chillar de más y cuidarlos de más. Anoche, por ejemplo, en nombre de la negra cerró las benditas ventanas. Ahora, ¿por qué golpeteaban? Nadie en su sano juicio las habría abierto a esa hora, a menos que... La india no me mira, ni mi madre, y las mujeres parecen ignorarme en el tumulto. Son dos cadáveres, afirma Carmenza. ¡Ay, Carmencita! ¿Qué hice anoche? Atravieso la multitud. La piel ha desaparecido del marco de los huesos. La multitud ahora me atraviesa. Recuerdo todo. Me recuerdo agujereando el suelo de la hacienda hace ya muchos años y a mi padre entrando, como aquel hombre anoche, cuando el ovillo estaba solo. Mi cuerpo en la cama y mi padre, su piel ardiendo, dolía. ¡La niña! Tomé la vara, salté, el odio cedió a la compasión de un recuerdo hasta entonces sublimado y mi cráneo





a la tenacidad de la vara poniéndose en contra de su antiguo portador. ¿Nos transformamos en nuestros peores pasados o nunca fuimos presente? El hilo grueso de la chaqueta se encontró con su destino a unos pasos del río. Atado como estaba a la verja que lo recubre, fui reducido a un tamaño ínfimo frente a la desgracia que la mulata vivía. Sus ojos, sin embargo, no semejaban un ápice de pavor, pues la fiereza propia de mi estirpe se acumulaba en sus venas. Mi pobre hermanita bastarda. Un único grito suyo quebró el silencio de la noche y puso nombre de libertad al designio. Me culpa y llora mi madre. Bruta, siempre leyendo la bondad del alma en las caras y errando. Yo quise salvarla, mamá, por eso hemos muerto los dos.

Melanie Romero García. Colombia

Cursa quinto semestre de Licenciatura en Lengua Castellana en la Universidad de San Buenaventura Cali. Es apasionada de la

lectura y la escritura y encuentra en estos lenguajes creativos un camino que le permite expresar sus miradas de mundo.



Cuento Mención

Ányela Maggali Caicedo Olaya
Colombia

Una obra interminable

Hoy desperté en una habitación de paredes blancas, con una cama pequeña e incómoda, donde estoy tumbado buena parte del día. Algunas veces me atan a ella cuando no quiero hacer lo que me dicen, pero la mayoría de las veces lo hacen sin otro motivo más que su diversión. En este punto, no puedo evitar pensar que esa cama triste y marchita es un reflejo de mí.

En el techo una bombilla lo ilumina todo. Siempre vigilante, nada logra escapar a su mirada, pero en ciertas ocasiones parpadea. Creo que no siempre entiende lo que pasa debajo de sí y cierra sus ojos para aclarar la confusión. Algunas veces los cierra por largos períodos. Es reconfortante y paradójico, cuanto más confundida está, más lúcido me siento, pero aparte de mí a nadie parece importarle.

Durante el resto del día desfilan entre mis paredes tantas personas que nunca puedo recordar sus rostros. Pero todas tienen algo en común; hablan de mí, pero nunca me hablan a mí. Es confuso. Aunque no siempre fue así. Durante un tiempo traté de llegar a ellos, pero a cambio recibía miradas de incredulidad. Algunos me respondían cosas incoherentes, otros se limitaban a sonreírme como si yo fuera un niño, pero la mayoría optaba por ignorarme.





Supongo que tenían la idea de que si me evitaban al final desistiría. ¿Y adivinen qué? ¡Funcionó!

Al igual que todos los días cuando el desfile cesa, aparece él, un hombre robusto y de semblante saludable, pero siempre con una expresión aburrída. Siguiendo su guion se para junto a mi cama, me mira y esboza una media sonrisa. Cada vez que se acerca percibo el aire de autoridad que lo rodea. Es incómodo.

Dejo que el silencio se acomode entre nosotros y sin previo aviso lo espanto al preguntar: “¿Cuándo me dejarán ir?”. Quisiera sonar agresivo o amenazador, pero las palabras salen de mi boca tropezándose unas con otras. Pero eso no parece afectarlo, simplemente desvía su mirada mientras responde: “Has perdido la cordura, no puedes marcharte”. Su respuesta es rápida y certera, igual que cada día. Este único diálogo marca el fin de nuestra entrevista. Él se encamina hacia la puerta y no vuelve su mirada atrás, nunca lo hace, como si lo que hubiera tras de sí fuera un mal recuerdo.

Este es el escenario en el que existo. Como hoy, todos los días transcurren entre las mismas paredes. La cama incómoda, la luz confundida, el desfile de cuerpos enfundados en batas blancas, la pregunta turbada y la respuesta certera, que siempre refiere lo que perdí y no logro encontrar. De esta forma se desarrolla mi vida. Es una obra interminable con los mismos personajes, los actos semejantes y diálogos planos donde no hay escenas extras, ni emoción tras bambalinas; solo un conglomerado de utilería en el que yo soy una pieza más.

Ányela Maggali Caicedo Olaya. Colombia

Cursa noveno semestre de Psicología en la Universidad de San Buenaventura Cali.

Escritora aficionada con poco recorrido literario público. La mayoría de sus escritos son de corte académico y están relacionados con su formación profesional. Sus

estudios y la práctica profesional que ha adelantado han influido fuertemente en la temática de sus escritos, ya que están relacionados con las experiencias, vivencias y percepciones que de esas realidades se derivan.



FOUR

WISCONSIN

part

avista pero

comen la sra

DIAMI

1941

1941

1941

1941

1941

1941

ISSN 2248-6690



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

La Umbría, carretera a Pance

PBX: 884 22 22 - 318 22 00 • Fax: 555 20 06 • A.A. 7154 y 25162

Línea de atención gratuita: 01 8000 913303

www.usbcali.edu.co • Cali, Colombia, Sur América

VIGILADA MINEDUCACIÓN

